

2011-01-01

Literatura y política en la crónica modernistas de Manuel Gutiérrez Nájera

Azucena Hernandez-Ramirez

University of Texas at El Paso, hernandez_azu@yahoo.com

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Hernandez-Ramirez, Azucena, "Literatura y política en la crónica modernistas de Manuel Gutiérrez Nájera" (2011). *Open Access Theses & Dissertations*. 2315.

https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2315

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

**LITERATURA Y POLÍTICA EN LA CRÓNICA MODERNISTA DE
MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA**

AZUCENA HERNANDEZ-RAMIREZ

Department of Languages and Linguistics

APPROVED:

Sandra Garabano, Ph.D., Chair

Fernando Garcia, Ph.D.

Luis Arturo Ramos

Benjamin C. Flores, Ph.D
Acting Dean of the Graduate School

Copyright ©

By

Azucena Hernandez-Ramirez

2011

**LITERATURA Y POLÍTICA EN LA CRÓNICA Y ENSAYO MODERNISTA DE
MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA**

by

AZUCENA HERNANDEZ-RAMIREZ

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF ARTS

Department of Languages and Linguistics

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

December 2011

RECONOCIMIENTOS

La investigación y escritura de esta tesis no fue posible sin el apoyo siempre incondicional de mis padres, Lorenza Ramírez Cornejo y Blas Hernández Sarabia, quienes admirablemente se han interesado por mi educación y desarrollo profesional. Agradezco, de igual forma a mi directora de tesis, la Dra. Sandra Garabano, por sus inteligentes consejos y su paciencia para leer y ayudarme a pulir mi investigación; al comité lector, el Maestro Luis Arturo Ramos y el Dr. Fernando N. García, también por sus consejos útiles y por todo lo que aprendí de ellos. Finalmente a todos mis profesores de la Universidad de Texas en El Paso. Y por supuesto, a mi esposo y compañero académico, Miguel García Flores, por esas largas charlas literarias que me ayudaron a clarificar y entender mis ideas.

RESUMEN

En esta tesis propongo abordar algunas crónicas del escritor modernista Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) como un espacio discursivo altamente ideologizado en el que se articulan literatura y política. Quiero demostrar que la labor periodística de Gutiérrez Nájera, ejemplificada en la crónica modernista, está ligada aún a la función política romántica previa a la autonomización de las letras, en la que el escritor pone su pluma al servicio de la formación de ciudadanos. En su caso, la crónica modernista funge como un dispositivo disciplinario, si bien ya no legitimado en el proceso de construcción de la nación, sí autorizado por el proceso de modernización finisecular y de consolidación estatal, continuando con el propósito de formar ciudadanías acordes al proyecto modernizador en el México de la época.

ABSTRACT

In this thesis I analyze a number of chronicles by modernist author Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) as a highly ideologized discursive space in which literature and politics are articulated. I want to prove that Gutiérrez Nájera's journalistic work, as exemplified in the modernist chronicle, is still linked to a romantic political function, prior to the autonomy of writing, in which the writer puts his pen to the service of forming citizens. In this case, the modernist chronicle serves as a disciplinary device, no longer legitimated by the process of nation construction, but authorized by the process of end-of-century modernization and the consolidation of the State, thereby continuing the effort of forming citizenships according to the modernizing project of the Mexico of that era.

TABLA DE CONTENIDOS

	<i>Página</i>
RECONOCIMIENTOS.....	iv
RESUMEN.....	v
ABSTRACT.....	vi
TABLA DE CONTENIDOS.....	vii
<i>Capítulos</i>	
1. INTRODUCCIÓN.....	1
1.2 La crítica en torno a Manuel Gutiérrez Nájera.....	1
1.3 El conflicto entre dos épocas.....	13
2. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA ANTE EL PORFIRIATO.....	25
2.1 La introducción del Positivismo en México:	
El discurso cívico de Gabino Barreda.....	25
2.2 La ruptura generacional o la cancelación del pasado:	
Hacia una nueva modernidad.....	28
3. EL MODERNISMO POLITIZADO: CRUZAMIENTOS DE LAS FUNCIONES DEL ESCRITOR EN EL SIGLO XIX Y EL FIN DE SIGLO.....	36
3.1 Para una profesionalización de la prensa.....	36
3.2 Para una profesionalización de la política.....	42
3.3 La propuesta de reescribir la nación en las crónicas de MGN.....	48
3.4 La delimitación y legitimación del sujeto político.....	56

4. ESTÉTICA Y POLÍTICA EN LA CRÓNICA NAJERIANA.....	68
4.1 El sueño de Magda, o el escritor ante la realidad.....	68
 BIBLIOGRAFÍA.....	 78
CURRICULUM VITAE.....	82

1. INTRODUCCIÓN

1.1 La crítica en torno a Manuel Gutiérrez Nájera

Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) desde muy joven comienza a publicar en la prensa, pues sus primeras publicaciones poéticas y periodísticas datan de finales de la década de los setenta del siglo diecinueve, específicamente 1876. Su producción literaria y periodística fue álgida, sobre todo en el género de la crónica. Sin embargo, en vida sólo vio publicado un libro, *Cuentos frágiles*, en 1883, y no fue hasta un año después de su muerte que Justo Sierra le dedicó un prólogo a una recopilación póstuma de su obra poética, misma que ha ido aumentando con la labor de los investigadores y rescatadores de su obra.

En ese prólogo de 1896 Justo Sierra menciona una conversación entablada antes con MGN en donde menciona que “[u]n día ... hace siete ú ocho años, hablamos Manuel y yo de sus versos y creo que también de los míos. –No, le decía, no haré un prólogo, pero sí desearía *bosquejar una sicología* de Ud.” (*Poesía* IV). Y Justo Sierra hizo ambas cosas, en el ya clásico citado prólogo reeditado en posteriores ediciones, habló de lo que pensó y sintió por el aún joven poeta muerto, y de la admiración y el cariño que le profesaron los amigos. Ahí también habló de los inicios de la poesía de Nájera que aún respetaba los modelos de la poesía sagrada (católica) con visos de erótica y romántica y de sus modelos franceses subsiguientes. No es sino hasta la escritura del poema “La Duquesa Job” (1884) cuando algunos lo consideran ya como poeta completamente moderno (Pacheco 22).

Para Justo Sierra, fue en la prosa donde MGN formó su estilo, “puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista

le obligaba á narrar” (*Poesía X*), donde también creó su personalidad literaria, y fue también “príncipe del país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y seda figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño” (XI).

Max Henríquez Ureña, en su *Breve historia del modernismo*, planteó desde esta misma perspectiva de renovación formal a MGN como ejemplo de la nueva sensibilidad poética con el poema “Para entonces” (1887), donde ya el poeta atenta contra las imágenes clichés del romanticismo (11); y donde la renovación formal, el culto preciosista de la forma, el uso de símbolos elegantes, el artificio y la voluntad de estilo es lo que caracterizaría a MGN como un escritor modernista. Una focalización de algunos estudios posteriores propusieron, sin embargo, a los primeros modernistas como Martí, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y Asunción Silva más bien como precursores del Modernismo; en esta línea se inscribieron Arturo Torres Rioseco, con el estudio *Precursores del modernismo*, y Manuel Pedro González en la década de los cincuenta del siglo pasado.

No fue sino Ivan Schulman quién reubicó a estos poetas, entre ellos a Manuel Gutiérrez Nájera, como verdaderos fundadores o primeros modernistas, al afirmar que ciertamente los precursores de ese modernismo fueron los románticos: “una legión de prosistas y de poetas como Cané, Sarmiento, Altamirano, Hostos, Varona, Pombo, Sierra y otros muchos que sería largo enumerar” (“Los supuestos precursores” 62). Lo que permitió nuevamente volver a la idea, ya enunciada por Justo Sierra a propósito de MGN en el prólogo arriba mencionado, de la prosa como el lugar donde inicialmente los primeros modernistas llevaron a cabo la renovación de la literatura, y no en el verso.

A partir precisamente de esta renovación formal se llegó a etiquetar a MGN como el más afrancesado de los modernistas, ubicándolo en consecuencia en lo que antes se consideró como la primera etapa del modernismo: la de la voluntad de estilo, la aristocracia de la forma y la de un cierto escapismo social. Y aunque después los comentaristas plantearon que ambas etapas del modernismo convivieron juntas, no se le quitó la etiqueta de afrancesado al autor, oponiéndolo, como lo hizo Schulman y otros, a lo que se le llamó la otra bifurcación del modernismo de raíz hispánica cuyo representante paradigmático fue Martí (“El modernismo y la teoría literaria” 208).

Por otra parte, menciona José Luis Martínez, en el campo de la prosa periodística de MGN fue el investigador Erwin K. Mapes quien inició, entre 1936 y 1958, las investigaciones en colecciones periódicas y revistas mexicanas para microfilmarse más de 2000 títulos que han sido la guía para la publicación de la obra del escritor mexicano. Continuando la labor de Mapes, Boyd G. Carter haría trabajos complementarios importantes (*Obras* 101).

A partir de esto algunos comentaristas sintieron que había que “reivindicar” al Duque Job; ya en 1960 José Luis Martínez hace un esbozo de las ideas sociales del escritor que, si no fueron revolucionarias, al menos sí fueron precisas; menciona ya ciertos puntos que la crítica posterior retomaría o debatiría, como cierta comprensión tierna y cívica que MGN tuvo para su pueblo, incluidas las clases marginales y los indígenas, su crítica a las lacras nacionales, crímenes y vicios (“Las ideas sociales” 96).

Boyd G. Carter se preguntaría en 1979, haciendo una recapitulación de la crítica anterior, el por qué de tanta polémica en torno a la naturaleza, temática, estilo y alcance de

la obra de MGN, y ofrecería tres respuestas: La primera consiste en que por mucho tiempo el poeta lírico hizo sombra al prosista; la segunda, que el seudónimo más famoso de MGN, El Duque Job (seudónimo asociado más al aristócrata del gusto, maestro de la prosa elegante, al perfil de *dandy*), ofuscó al Manuel Gutiérrez Nájera prosista de “personalidad proteica, calidoscópica, multidimensional, bondadosa, humana”; y la tercera tuvo que ver con lo inaccesible de la obra de MGN dispersa en los periódicos y revistas de la época (“Caballero andante” 31).

Para Carter, en su Estudio a la edición de 1972 de *Escritos inéditos de sabor satírico. Plato del día* en donde aparecieron varias crónicas de MGN escritas entre 1893 y 1895, no antes recopiladas, da cuenta de la versatilidad de temas y tonos en la escritura periodística del escritor modernista. En los “Platos” la carga irónica y el humorismo que a veces deviene en sátira de cuestiones sociales y políticas de la Ciudad de México da pie para que Boyd G. Carter afirme el compromiso social del escritor. Aquí, Carter dice que en estos textos hay el deseo de Gutiérrez Nájera por disciplinar a los sujetos, con el motivo de transformarlos en seres más cultos y civilizados. También se comienza a ver un MGN “amigo de la justicia y de la compasión”, donde hizo todo lo posible por poner su yo al servicio de la cultura patria. Así dice el crítico al respecto:

La personalidad de Gutiérrez Nájera sintetiza hasta cierto punto la polaridad que dramatiza Molière en los dos personajes: por una parte, la resignación comprometida del cínico y escéptico Philinte aun cuando está convencido él de que la naturaleza floja y pecaminosa del hombre, por ser innata, no se cambiará nunca; por otra parte, el deseo nostálgico de evasión de Alceste, el optimista, cuyo hastío y decepción proceden de su creencia en la perfectibilidad del hombre. (ix)

De esta forma se comienza a desarrollar esa faceta del escritor comprometido, según su circunstancia, con su sociedad. Los críticos han continuado la labor de Justo Sierra de esbozar la subjetividad del autor, de personalidad ecléctica como diría Carter; y una vez estudiado como un aristócrata de la forma y un evasivo de su realidad nacional, a la luz de los nuevos descubrimientos de sus textos y sus nuevas lecturas se le quiso ver “compasivo” y “justo” con las clases menesterosas.

Tal es el caso, por ejemplo, de Catherine Vera, que en el estudio de relatos como “La familia Estrada”, “La hija del aire” y la Historia de un peso falso”, muestra ese lado del escritor compasivo, que culpa más bien a las condiciones sociales del hambre, la pobreza y la orfandad por la triste suerte de los niños y las familias marginadas. La lectura de C. Vera muestra las relaciones de MGN con el realismo, el positivismo y el naturalismo, en donde hay una nota de esperanza por parte del autor para un futuro mejor mediante la educación, del tono didáctico ligado aún a la literatura, y de la creencia de que las circunstancias ejercen una fuerza dirigente en la vida de los seres humanos. Así que en contra de lo afrancesado y evasivista de las cuestiones nacionales, la investigación sacó a luz a un agudo crítico social, gracias también a la labor de sus investigadores que desde 1959 han recopilado y editado las *Obras*¹.

Por otro parte, el lado “afrancesado” de MGN, es de alguna forma justificado por Carlos Monsiváis, quien citando a Salvador Novo, dice que si el autor consagraba la mayor

¹ El Centro de Estudios Literarios, de la Universidad Nacional Autónoma de México, inició en 1959 la publicación de las *Obras*. A partir de ahí, dice José Emilio Pacheco, han aparecido más de cuarenta volúmenes. Ana Elena Díaz Alejo preparó con Ernesto Prado Velázquez el *Índice de la Revista Azul*, y estuvo durante varios años al frente del grupo editor de las *Obras*. Ahora coordina la publicación Yolanda Bache Cortés y forman parte de él Alicia Bustos Trejo, Belem Clark de Lara y Elvira López Aparicio (“Manuel Gutiérrez Nájera: El sueño de una noche Porfiriana” 20-24).

parte de su producción en ganarse una reputación de afrancesado, sería también porque con ello ganaba su pan de cada día, pues esa era la mercancía que le compraban a mejor precio los lectores congruentes con su consumo y demanda de mobiliario, arquitectura, modas, alimentación, pensamiento. Era la ciudad que exaltaba su posibilidad de llegar a parecerse a París (*A ustedes les consta* 39). Se presenta así en este tipo de crónica un cosmopolitismo y afrancesamiento que halaga al público. Pero también el propio MGN trabajó para crearse una personalidad pública en la sociedad que así se lo exigía; así diría, por ejemplo, en una crónica llamada “La mujer francesa” (1882):

... yo, que sería francés si se pudiera serlo sin renegar la patria, yo, que en achaques femeniles soy cosmopolita, y que lo mismo doblo la rodilla ante la Frinea griega, la Margarita alemana, la Ofelia dinamarquesa y la Frou-Frou parisiense; yo, que vivo a muchas, muchas leguas de distancia, la vida turbulenta de París, leyendo sus periódicos, estudiando sus libros y recorriendo con la fantasías sus *boulevards* ... (*Obras IX* 121-122)

Y más adelante, Manuel Gutiérrez Nájera continúa: “Ser parisiense, en nuestra lengua, o mejo dicho, en nuestro *argot* de sociedad, no es haber nacido en París: es adquirir y poseer la volubilidad encantadora, el *chic*, la gracia, el movimiento y la desvergüenza de París” (124). El afrancesamiento, pues, era parte del espíritu de una época, y de una élite. Francia era lo moderno, culturalmente hablando, y era también parte de una pose pública. Para Monsiváis, MGN “no sólo juega a “ser un parisino vecindado en México”, sino a inventar una sociedad entera de parisinos instantáneos” en sus personajes y tipos de sus crónicas (“De la santa doctrina” 761). Casi por su cuenta, agrega Monsiváis, MGN lleva la creencia cultural del porfiriato (el “espíritu gálico” es la garantía de civilización) al

detallismo, al seguimiento puntual de la moda, a la adopción de la mentalidad voyeurista cultural (761).

De cualquier forma este afrancesamiento tenía relación con una noción de civilización y cultura, de progreso. Francia tenía que ser un modelo cultural probable que ayudara a resistir los embates de la influencia y amenaza imperialista norteamericana, así diría MGN en una crónica titulada “¡Francia!” (1880), “Todos los hombres de progreso, todos los hombres de la libertad, son ciudadanos de esa patria que se llama Francia” (*Obras XIII* 48-49). Libertad, progreso y civilización, serían formas verbales de las consignas políticas de la época; y el espíritu francés, no solamente de molde literario, formó parte de los deseos de brillo de una clase media y alta que quería dejar de ser provinciana, que quería entrar, como la Nación (porque ellos eran la Nación), al concierto del mundo civilizado.

También Monsiváis había apuntado, de algún modo, el porfirismo militante de MGN, al mencionarlo como integrante de los “alrededores literarios” de la corte ilustrada de los “científicos”, junto con Salvador Díaz Mirón (*Historia general* 1382). Sin embargo, lo llega a mostrar como un MGN más preocupado por la “pequeña historia”, pues “[si] la censura es severa, contribuyamos a ella para evadir algunos de sus rigores, y si no se puede hablar de política hablese de la “pequeña historia”, donde florece la Sociedad Decente, que se observa a sí misma con mínimo humor y máximo detalle” (“De la santa doctrina” 760). De este modo, no dejaba aún de soslayarse su participación políticamente activa en el porfiriato, y las relaciones estrechas que se daban entre el poeta o el artista y el poder.

Que algunos críticos lo despojaron de alguna ideología política, probablemente fue debido a que mucha de su producción periodística remite a crónicas sobre sucesos de la semana que aún algunos siguen considerando “menores”. Y en efecto, muchas de sus crónicas, dice Oskana María Sirkó, rendían un servicio más inmediato, como entretenimiento de sobremesa a las damas cuando estas abrían sus abanicos y tomaban café o champagne, en una forma de acompañamiento de sus pláticas amenas (67).

Sin embargo, la variedad de la obra de MGN abarcaba a un público mucho más amplio. Por la gama temática de su producción periodística se puede decir que el poeta básicamente escribió de todo, en distintos tonos y géneros, así como para un público diversificado; desde piezas que aparecieron como crónicas pero actualmente han sido abordados como ensayos, hasta estampas, reflexiones o ficciones, con una amalgama de temas morales, sociales, políticos, literarios y de entretenimiento, dirigidos por lo tanto a distinto tipo de receptores.

Miles de páginas dan cuenta de su labor cronística y de una época entera. Es, como Carlos Monsiváis lo define, “el cronista por excelencia de la sociedad porfiriana en su etapa de ascenso”, que escribe encauzado por los destellos de la prosa, que convence a sus lectores con el brillo en el lenguaje, mismo que es la metamorfosis de la banalidad. Y además de la tarea estilística se da lujos de narrar anécdotas de la sociedad burguesa, y del sermoneo que funge como tributo social (“De la santa doctrina” 760).

La relación de MGN con el porfiriato, a raíz precisamente de querer ver en el autor un interés por lo social y una crítica de la modernidad por mucho tiempo quiso ser atenuada, o ignorada. En el estudio a *Plato del día* (1972), Boyd G. Carter justifica de

cierta forma la militancia de MGN con la élite gobernante, aduciendo las posibles represalias del gobierno: censura, cárcel, hambre; sin embargo, tal crítica al sistema político y a la modernización irregular o ilusoria existe en MGN y también su opuesto completo, como es su desinterés por las cuestiones de orden público y por ende su enfoque al encanto y a la artificialidad de la sociedad burguesa.

Aníbal González, en *La crónica modernista Hispanoamericana* (1983), todavía decía, y quizá debido a una falta de documentación precisa, que “a diferencia de Martí, cuyo ideario estaba siempre presente en sus escritos, las crónicas y artículos de Nájera no nos dan una idea muy clara de cuáles eran las inclinaciones ideológicas de “El Duque Job”” (98). Sin embargo tal ideología política ya estaba prefigurada en las crónicas de *Plato del día*, y más específicamente en la crónica “Los diplomáticos no aplauden”, en la que MGN critica al periódico de oposición *El Monitor* por no favorecer un discurso del presidente Díaz; así dice el cronista:

Y cuando el General Díaz expresa, como él sabe hacerlo, ideas patrióticas y levantadas; cuando habla con la elocuencia sana, vigorosa y sin afeites que tiene él, aplaudimos aunque se enoje y se enfurruñe nuestro tío el regañón, el viejo soldado que padece de gota, *El Monitor*. (221)

El apoyo abierto a Porfirio Díaz que se desprende de la crónica citada, o en otra llamada “Por un olvido”, que aparece en la misma recopilación de Boyd. G. Carter, y en la que MGN justifica la reelección presidencial ya eran explícitas muestras de la militancia política del poeta. No fue sino hasta 1995, dice José María Martínez, después del Congreso Internacional celebrado en torno a MGN, que esta lectura política contextualizada de su

obra ha ido ganando terreno, en donde surgieron interpretaciones que lo vinculaban al espíritu del régimen, y que hicieron de Gutiérrez Nájera un ingrediente tan emblemático casi como el ferrocarril (“Un duque en la corte” 208).

Ya Belem Clark de Lara había mencionado antes el porfirismo del escritor en su estudio *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera* (1998); a ella también se le debe, en coedición con Yolanda Bache Cortés, el tomo de *Obras XIII. Meditaciones políticas (1877-1894)* (2000), de MGN, a partir del cual resultan totalmente obvias las inclinaciones políticas del escritor, pues la mayoría de esas crónicas corresponden a un apoyo explícito y apología del gobierno por parte del autor. No obstante, *Tradición y modernidad* intenta ver más a un MGN como constructor que idealizaba una nueva utopía, “un México moderno y una sociedad justa” paralela al proyecto político porfirista, pero pasa por alto las relaciones explícitas del artista con el poder, pues aunque sí señala que en los periódicos en los cuales MGN publicaba eran, en su mayor parte, subvencionados por el gobierno, no deja de corroborar la imagen de un MGN redentor de la sociedad, cuyo fin consistió en alcanzar los ideales de la belleza, la justicia y la educación. El estudio de Clark de Lara oscila en apuntar el deseo de MGN de tener un *locus amoenus* propicio para la creación del artista, un interior refugio del arte fuera de los trabajos duros de la prensa, y su esperanza de alcanzar el perfeccionamiento humano para toda la sociedad.

Fue a raíz, precisamente, de la publicación de las *Meditaciones políticas* que una lectura más política de las crónicas de MGN ha adquirido mayor peso; así como la de Clark de Lara, una opinión más renovada es la interpretación de José María Martínez, quien ha estudiado a Nájera como porfirista acérrimo. En su artículo “Un duque en la corte del Rey

Burgués” el autor analiza, por una parte, el apoyo directo de MGN al régimen porfirista, y por otra, censura el lado “humano” (el del defensor de los pobres y desprotegidos) que otros comentaristas han visto en sus crónicas y relatos. La lectura de José María Martínez intenta ser radical y mostrar a un MGN artista como integrante de la corte a la que el poeta del cuento “El Rey Burgués” de Darío no tuvo cabida. Sin embargo los juicios del crítico se inclinan a ubicar en el otro extremo a un MGN “activamente militante en su porfirismo político y en su positivismo social, hasta extremos a veces escandalosos” (209), lo que en su opinión puede recibir diversos “reproches”, desacreditando así otras lecturas que se han hecho sobre un MGN humanista y social.

Hay pues, en la crítica de las últimas décadas una tendencia de izquierda que quiere leer en la producción periodística y literaria de MGN una postura más “humana” y comprometida con las distintas clases sociales del México del fin de siglo XIX la cual echa abajo el cliché torremarfilista del escritor modernista; pero por otro lado está esa otra lectura que estudia a MGN en su relación con las ideas políticas del momento, y que en su extremo rebate y pone en duda las interpretaciones anteriores que ven en su producción un deseo de completa justicia social. Ambas apuestas parecen ser dos soluciones distintas para un mismo problema, el de dónde situar a MGN política o éticamente; y ambas, paradójicamente pueden ser discutibles, sobre todo por la luz que ofrece la recopilación y edición que se ha hecho de su obra en los últimos años.

Esta tesis, sin embargo, no propone defender una postura social o elitista de MGN, pues en su vasta obra se encuentran ambas proposiciones, ni juzgar sus inclinaciones políticas de escandalosas o reprochables. Desde sus inicios MGN fue un escritor polémico,

criticado tanto por sus ideas políticas como por su apariencia estilizada y por su escritura que en ese momento rompía los cánones establecidos. Fue, y me atrevo a decirlo, incluso polémico consigo mismo, así quizá se justificó al preguntarse, retóricamente:

¿Quién de nosotros no ha publicado artículos de los que después ha maldecido, porque la pasión se los dictó o porque fueron producto del apremio con que pide el cajista *original*? ¿Y podríamos permitir que esos engendros del mal humor, de la necesidad o de la cólera, quedaran en un libro significando nuestra personalidad moral? (*Obras IX* 361)

Porque no se sabe realmente de cuáles artículos se hubo retractado, y por la impronta del trabajo periodístico, así como por la versatilidad de sus temas y tonos, es posible ver posiciones críticas contradictorias de sus comentaristas que intentan definir o sesgar las interpretaciones de una personalidad proteica y caleidoscópica, literaria, pública, social, íntima y política. Es sin duda, esta personalidad política y contradictoria la que construye en la escritura de la crónica un sujeto inestable, una subjetividad compleja producto de la posición social del escritor quien tiene que negociar su lugar en la cultura, entre las fuerzas del Estado y las del libre mercado a través de un periodismo incipiente. Esta subjetividad política es la que interesa abordar en esta tesis, subjetividad entendida también como el producto de una época de reajustes y reacomodos de los escritores ante el poder.

1.2 El conflicto entre dos épocas

En un contexto más amplio, y partiendo del modernismo literario, es conveniente repetir, debido a la variedad de intenciones, géneros y el eclecticismo cultural de un fin de siglo hispanoamericano, lo que Graciela Montaldo arguye sobre este periodo:

Tampoco tiene sentido afirmar que en las últimas décadas del siglo XIX se produce el corte radical de una forma de cultura y la instauración de otra. Por el contrario, los nuevos procesos que se consolidan en esos tiempos fijan de manera decidida y consciente sentidos dispersos que, en Europa desde las revoluciones industrial y francesa y en América Latina desde la emancipación, estaban circulando con diferentes grados de espesor. (*La sensibilidad amenazada* 14)

Graciela Montaldo parte de esta coyuntura, como otros, para definir el contexto cultural del Modernismo como un conglomerado de varias prácticas y discursos heterogéneos que conviven en las sociedades latinoamericanas del fin de siglo XIX, al que se le agrega la apertura a influencias extranjeras de tono novedoso y vida cosmopolita. Por eso, es un tiempo en el que confluyen gran cantidad de formas estéticas y culturales, de varios modelos de letrados; donde simultáneamente se encuentran rezagos anteriores del Romanticismo en su forma social, la narración naturalista que ensaya una voz ordenadora y clasificatoria, el costumbrismo que se demora en los problemas de identidad cultural de distintas sociedades de América Latina, y en general una profusión de nuevas escrituras apoyadas por la abundancia de periódicos (23-24).

Es así que, bajo el presupuesto del Modernismo como un conglomerado de formas estéticas e ideológicas, me permito partir de la coyuntura que ofrece este periodo para

mostrar cómo el contenido político de la escritura de MGN se convirtió en una forma de propaganda ideológica del positivismo y de los máximos emblemas políticos del Porfiriato. La escritura en MGN funcionó como promotora de los principios de una modernidad asociada más a los valores de una élite política que a la democratización del país. En este sentido, su escritura no se erigió como en crítica a esa misma modernidad, sino en una especie de acto de fe para el sistema de poder en la que nació.

La labor escrituraria del cronista poeta se da en el cruce de dos épocas y dos sensibilidades, en la coyuntura entre Romanticismo y Modernismo, y se percibe el deseo de emprender la separación del antiguo proyecto nacional con el de los nuevos horizontes formales y estéticos, como bien dice en “Literatura propia y Literatura nacional”, publicada en 1885 en el periódico *El Partido Liberal*:

Hoy no puede pedirse al literato que sólo describa los lugares de su patria y sólo cante las hazañas de sus héroes nacionales. El literato viaja, el literato está en comunicación íntima con las civilizaciones antiguas y con todo el mundo moderno. Las literaturas de los pueblos primitivos no eran así, porque el poeta sólo podía cantar los espectáculos que la naturaleza de su tierra le ofrecía y los grandes hechos de sus mayores o coetáneos. Hoy las circunstancias son diversas. Lo que se exige a un poeta, por ejemplo, para considerarlo como gran poeta en la literatura propia, es lisa y llanamente que sea un gran poeta, es decir, que la luz que despida sea suya y no refleja. (*Obras I 86*)

Y efectivamente las circunstancias eran diversas, pues las naciones ya estaban formadas, por eso rompería su relación con el antiguo proyecto nacional literario, pero ahora, desde el lugar diferenciado de la prensa, se propondría emprender otro nuevo proyecto político, el del orden y el progreso. El escritor describirá no los lugares de su

patria, pero sí los lugares urbanos (generalmente), los espacios donde toma lugar el viaje del literato y el del ciudadano, sea físico o libresco. MGN no cantará las hazañas de los héroes nacionales, sino que los verá críticamente y a partir del nuevo proyecto de modernización. Escribirá también crónicas en las cuales el tono apologético a figuras específicamente políticas resulta insoslayable, siendo una de ellas, quizá la única, Porfirio Díaz.

Lo anterior, pues, no resulta nada paradójico, pues desde 1876 la figura del dictador es la que definiría toda una época en México. Dice Carlos Monsiváis que el nombre del dictador bautice o sintetice el periodo se explica con facilidad y no solo por razones políticas, ya que comparten rasgos una persona (Porfirio Díaz), una élite política e intelectual (el grupo conocido como los “científicos” y sus alrededores literarios) y lo más visible y reconocible de una época (*Historia general de México* 1382). Entre esos alrededores literarios, nombra, por supuesto, a Manuel Gutiérrez Nájera.

Por eso, propongo abordar algunas crónicas de MGN como un espacio discursivo altamente ideologizado en el que se articulan literatura y política. Quiero demostrar que la labor periodística de Gutiérrez Nájera, ejemplificada en la crónica modernista, está ligada aún a la función política romántica previa a la autonomización de las letras, en la que el escritor pone su pluma al servicio de la formación de ciudadanos y la delimitación de los sujetos ante la ley. Y al funcionar la crónica como un dispositivo disciplinario, si bien ya no legitimado en el proceso de construcción de la nación, sí se va a encontrar autorizado por el proceso de consolidación del Estado liberal.

Hay que considerar también que la literatura en América Latina adquiere, a lo largo del siglo XIX, una intensa carga ideológica que la haría participar de manera sobresaliente en el complejo proceso de construcción de la nación. Es la mejor prosa de este tiempo la que se encuentra en las meditaciones sociológicas sobre los males de las sociedades, en los alegatos a favor de las causas cívicas, en las reflexiones históricas, en los escritos polémicos y de combate. Aunado a lo anterior, hay también una ola de entusiasmo y optimismo, pues las jóvenes generaciones hispanoamericanas, nacidas a partir del siglo XIX, se encontraron con países igualmente nuevos para ellas, por lo que pensaban podían modelar según sus aspiraciones e intereses. Tal optimismo en el orden social se conjugó en el programa literario romántico; optimismo en el orden social y político que también es discernible en la producción artística y periodística de MGN.

Es a partir de 1820, aproximadamente y según como lo estudia Julio Ramos en *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, que el rol del escritor correspondía a la necesidad de superar la catástrofe y el vacío del discurso generado por la anulación de estructuras que las guerras de independencia habían causado. Después de las guerras de emancipación viene entonces un periodo de anarquía, por lo que la igualdad, como garantía individual y programa político, se deja de lado. La bullente burguesía criolla (con sus políticas racistas, sus utopías liberales y sus intestinas luchas facciosas) intentó delimitar una realidad social acorde a sus proyectos nacionales, excluyendo o incluyendo a distintos sectores sociales según sus intereses. Considero entonces que en el proyecto político porfirista finisecular, MGN continuará con ciertas funciones similares al letrado romántico

anterior, e intentará delimitar también una realidad social acorde a los intereses de la clase política.

Para Julio Ramos, escribir era dar forma al sueño modernizador, era civilizar; mediar incluso entre la civilización y la barbarie. En el caso de Sarmiento, ejemplo paradigmático por excelencia, para ordenar la vida pública había que erradicar la barbarie. La escritura, para los románticos, se vuelve un instrumento fundamental del proyecto racionalizador, para someter al bárbaro a la ley del orden del capital y del trabajo; o en el caso de Bello, fue un intento por supeditar las lenguas indígenas al orden racional de la gramática castellana. Con Bello, la literatura, específicamente asociada a la retórica, la elocuencia o el “buen decir”, representaba un depósito de formas, medios para la producción de efectos no literarios, no estéticos, ligados a la racionalización proyectada de la vida y de la lengua nacional. Las letras para Bello –continúa Ramos– proveían la estructura necesaria para la sociabilidad racionalizada y la formación del ciudadano; proveían también el saber preliminar requerido para formar discursos efectivos y útiles; y eran un instrumento de la formación de sujetos disciplinados, sujetos a la ley y subordinados al orden general del proyecto modernizador, asociado supuestamente a los valores del desarrollo capitalista. Por esto –prosigue Ramos–, en ese periodo anterior a la consolidación de los Estados nacionales, las letras eran la política, proveían del “código” que permitía distinguir la “civilización” de la “barbarie”, la “modernidad” de la “tradición”; y la literatura constituía un dispositivo disciplinario, requerido para la constitución de los sujetos ante la ley. De este modo también los escritores eran políticos, y no periodistas como sucedería aproximadamente alrededor de 1880.

Pero este tipo de autoridad política del escritor romántico y de su uso de la literatura como un dispositivo disciplinario comenzó a ser predecible, dice Ramos, cuando el saber americano empezó a disgregarse en profesiones; cuando los estudios nacientes de leyes, pedagogía, administración, lograron reducir la repercusión ideológica e institucional de la autoridad del sistema anterior de las letras. La importancia del surgimiento del intelectual en América Latina, del profesional de la literatura hacia 1880, prosigue Ramos, consistió en que su origen partía de un campo discursivo diferenciado de las funciones políticas anteriores. El escritor romántico politizado fue destituido por la división disciplinaria positivista que puso sus expectativas en la conformación de un discurso pedagógico autónomo de las letras y de su imperativo retórico.

Al separarse la escritura de la política se produjo lo que Ramos llama la autonomización de la literatura, y como consecuencia su profesionalización, producto de la especialización disciplinaria requerida para suplir las necesidades de los espacios urbanos insertos en el proceso de modernización. Tal autonomización puede generalizarse, dice Ramos, en la fórmula modernista del “arte por el arte”, en tanto discurso paradójicamente moderno, generado por la racionalización de los saberes, aunque autorizado como crítica de la misma. Hay por tanto –para Ramos–, una fragilidad de las bases institucionales del campo literario finisecular; fragilidad que obliga a la literatura a depender de instituciones externas para consolidar y legitimar un espacio en la sociedad.

En México la situación dictatorial que dominó al país pudo tener repercusiones en el ámbito de las instituciones periodísticas ligadas al poder, que no coinciden exactamente con lo expuesto por Julio Ramos. El periodismo en México, dice Clark de Lara citando a

María del Carmen Ruiz Castañeda, obtuvo subvenciones dadas por el Estado a causa de la prensa opositora; es así que Díaz, en un intento por terminar con la prensa de oposición, aumentó las subvenciones dadas por el Estado a los periódicos y favoreció, a lo largo de sus años en el poder, los empleos y favores a los escritores adictos (*Tradición y modernidad* 55). Es por esto que la dependencia del escritor modernista latinoamericano de la que habla Ramos a las instituciones externas al Estado, como lo fue el periodismo, es problemática en el caso de MGN puesto que tal nuevo lugar de enunciación sí estaba, del algún modo, legitimado por el Estado.

La subordinación del escritor al periodismo como causa para consolidar un espacio en la sociedad es lo que le otorgó, dice Julio Ramos, una autoridad ya no política al escritor modernista, pues las prácticas intelectuales ligadas a la literatura comenzaron a constituirse fuera de la política y frecuentemente opuestas al Estado. Así, Ramos, marca un corte entre literatura y política que se da hacia el fin del siglo, y es este corte el que intentaré explorar en la obra de Gutiérrez Nájera. Quiero demostrar que a través de ciertas crónicas, MGN sigue pensando la literatura como un dispositivo disciplinario y de creación de ciudadanía, y de esta forma, el autor proyecta la figura del escritor como sujeto altamente politizado. La crónica en Gutiérrez Nájera va a ser un espacio discursivo extremadamente ideologizado, que si ya no se legitima en el proceso de construcción de la nación, sí continuará con el propósito de formar ciudadanías acordes al proceso de modernización urbana finisecular.

De la conformación del espacio nacional en el romanticismo, se transitó a la configuración del espacio de la ciudad en el modernismo; y es en la crónica modernista

donde el escritor pretendió regular y delimitar un campo de identidades. Gutiérrez Nájera, se erige como un mediador entre los distintos sectores sociales, entre la clase política gobernante y las clases burguesas y alfabetizadas con acceso a la prensa. Si en el romanticismo los intelectuales del siglo XIX se planteaban como los mediadores entre Europa y América, con MGN el intelectual escritor fue un mediador entre su sociedad y el gobierno. Si el ensayo romántico fungía como un dispositivo pedagógico para la formación de la ciudadanía, o como dispositivo de combate entre las facciones que luchaban por el poder, el periodismo finisecular (aunque este rubro puede ser más extenso y aquí cabe señalar su producción de claro contenido literario, novela, cuento y poesía) de MGN continúa este acercamiento a la vida pública, poniendo así su pluma al servicio de la élite gobernante, a la formación de ciudadanía, mostrando de ese modo la figura de un escritor inmiscuido en todos los ámbitos de la vida política y sociocultural del México del fin del siglo XIX.

Resulta revelador entonces que quien echó mano de aproximadamente cuarenta seudónimos, se despojara de ellos al firmar una gran mayoría de crónicas con contenido claramente político. El seudónimo, recurso del que se valieron los escritores modernistas latinoamericanos, puede ser definido como una de esas máscaras que Ángel Rama llama de la modernidad. Máscaras en las que se devenía persona, o personajes, imágenes ficticias que se representaban como papeles en la pasarela ecléctica de la sociedad, pues para Ángel Rama, del mismo modo en que se disfrazaron los interiores de las casas y los exteriores arquitectónicos de las ciudades, también las mujeres se disfrazaron en la apoteosis de la “toilette” que conoció la época, y también se disfrazaron los hombres que adoptaron

extremadas exquisiteces en el vestir (*Las máscaras* 88-89). Ni qué decir de la apariencia exquisita que MGN adoptaría no solo en su aspecto físico sino en algunos de sus seudónimos.

Tal tendencia simuladora encuentra también una explicación en el afán de novedad que caracterizaría a la naciente sociedad consumista de lecturas, como el mismo MGN lo diría en la crónica “Omega P. P. C.” de 1884:

Y es el caso que escribir sin seudónimo es como salir a la calle sin camisa. Para que las ideas de un escritor sean estimadas es preciso que nadie le conozca. Ninguno cree que puede ser un hombre de talento el amigo con quien acaba de jugar al billar.

Yo busco, pues, una careta que me libre de los rabiosos piquetes de los moscos literarios. Al periodismo se entra como a las casas de juego: con la capa hasta las cejas. Con permiso... (*Obras IX* 220)

Por una parte se puede ver la necesidad del escritor, periodista, por recurrir a seudónimos para resguardar una imagen pública con la cual mantenía en privado la identidad personal; de ese modo el escritor podía ser versátil en los tonos y temas de sus crónicas, y vender así su escritura a los distintos tipos de lectores; ya que si aquellos esperaban novedad o entretenimiento, un seudónimo que se adaptara al tema y tono de la crónica sería mejor visto, y mejor aceptado. Así el escritor va ideando y creando a un lector consumidor de periódicos. Por otra parte, como menciona Aníbal González, la seudonimia en el periodismo funcionó en principio como recurso para proteger al periodista contra las acusaciones del libelo, las cuales, todavía a finales del siglo XIX se dirimían frecuentemente mediante duelos a espada o pistola; y agrega que el autor modernista

abandona la pretensión romántica de imprimir su personalidad a lo que escribe, para convertirse en otro (“La última metamorfosis de Proteo” 76).

Así pues, tales “piquetes de los moscos literarios”, que MGN quería evitar, podían bien ser producto de la cualidad polémica del autor, pero al mismo tiempo esto muestra algo más profundo: la subprofesionalización en la que se encontraba el periodismo en esa época. No se trata, posiblemente, de que el autor modernista abandonara voluntariamente la pretensión romántica de imprimir su personalidad a lo que escribía, sino a que se encontraba en una compleja situación en la que, para proteger su identidad y prestigio literarios, tuvo que recurrir, en parte, a la seudonimia al desempeñar labores periodísticas como una forma de garantizarse lectores.

Ya fuera para adoptar una postura moralista, religiosa, sociológica, jocosa, satírica, para hablar de la vida social, pública, artística o política de la Ciudad de México o de la nación, MGN recurría a los seudónimos cuando se encontraba más cerca del mercado periodístico. Era, y él lo sabía, de “los escritores leídos y pagados” (*Obras IX* 74), y por lo tanto tenía que cuidar las apetencias de sus públicos; precisamente de ahí el lugar inestable del escritor, ya fuera que se posicionara como el disciplinario, el poeta o el entretenedor, también las intenciones de su escritura iban a ser mudables. La crónica iba de lo subjetivo a lo objetivo, del trabajo literario con el lenguaje al hecho noticioso, de cuestiones profundas relativas a lo social o nacional a la noticia superflua sobre las fiestas y personajes de la aristocracia. Si el escritor se encontraba en una situación problemática y compleja, lo iban a ser también las funciones de su escritura y de su lenguaje. Por eso, el lenguaje como estandarte artístico del poeta, no siempre predominó en sus escritos. Como dice Yolanda

Bache Cortés en la Presentación a los textos de MGN que han sido publicados como *Meditaciones políticas*, que sin hacer a un lado la elegancia característica de su prosa, en la mayoría de los textos explícitamente políticos, el autor aborda sus temas directamente, excluyendo el recurso retórico de la ironía, el empleo de seudónimos o la crítica maquillada en la anécdota (*Obras XIII*, XXI). Es así que en ciertas crónicas de corte político, el autor, sin detenimientos, firma con su nombre, despojándose de la máscara del seudónimo y la simulación personificada, lo que señala que el uso del seudónimo está más alejado del campo de la política, en el cual el escritor tenía que afirmar su autoridad y su identidad.

Cabe apuntar también lo que ya José María Martínez ha señalado, que la variedad de la producción cronística de MGN podría ser clasificada en dos grandes grupos, que serían el de sus crónicas sin pretensiones creativas, las periodísticas de tema social, moral y político; y por otra parte, el de sus textos líricos y narrativos, con presencia obvia de esa intención (“Entre la lámpara” 264). Clasificación anterior que no toma en cuenta la hibridez del género de la crónica y que no se puede aplicar a toda su obra². Sin embargo esta clasificación, al ser aplicada, permite analizar una categoría a través de la otra, esto es, las interrelaciones que se dan entre sus ideas políticas las cuales abren un horizonte de interpretación a las crónicas evidentemente ficcionales y de clara intención literaria.

MGN, retomo la frase de Monsiváis, era el escritor del porfiriato, aunque “porfiriato” no sea exactamente el término que el autor se hubiese adjudicado. Manuel Gutiérrez Nájera

² José Ismael Gutiérrez, en su libro *Manuel Gutiérrez Nájera y sus cuentos. De la crónica periodística al relato de ficción* (Peter Lang, 1999), estudia ya la dialéctica entre la realidad y la ficción en las crónicas de MGN, así como los recursos retóricos de ficcionalización en sus crónicas periodísticas, lo que demuestra tanto la hibridez del género como lo relativo, según la perspectiva con que se le mire, de las interpretaciones genéricas.

era porfirista por convicción, si tomamos en consideración la diferencia semántica que ambas palabras entrañan³. Se convertiría, hasta su muerte en 1895, en uno de los ideólogos de la dictadura, independientemente de la “marginalización” de las zonas de poder del Estado que sufrirían los escritores en el fin de siglo XIX, la misma que la división de saberes traería consigo; independientemente de ser considerado uno de los primeros modernistas, junto con José Martí, de la literatura hispanoamericana.

Debe considerarse, como afirman varios críticos, el contexto ideológico que define la biografía y la producción del Duque Job (el seudónimo quizá más cosmopolita y afrancesado que el escritor utilizó, y por ende uno de los más populares que gustan los críticos para referirse a él). Para José Ma. Martínez, tal contexto ideológico puede resumirse como una peculiar mezcla de idealismo romántico, de pragmatismo o positivismo utópicos del Porfiriato y del espiritualismo y el vanguardismo formal del modernismo (“Entre la lámpara” 247). Aunado a los aspectos anteriores, también se ha señalado, por su interés en una vertiente social, que coincide con escritores franceses realistas, naturalistas y costumbristas. Sin embargo, lo anterior no excluye su afiliación a cierta tradición romántica hispanoamericana en donde el escritor, con el antecedente arraigado al menos culturalmente, del letrado anterior a la profesionalización de la escritura, se siente impelido por la intención política y social a continuar, con los nuevos medios de divulgación y las variantes que adopta el rol del nuevo escritor, la tradición letrada.

³ Fue inicialmente porfirismo, dice Luis González, por la adhesión popular a Porfirio, y después porfiriato, por la adhesión de don Porfirio a la silla presidencial (*Historia de México* 925).

2. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA ANTE EL PORFIRIATO

2.1 La introducción del Positivismo en México: El discurso cívico de Gabino Barreda

A partir del último cuarto del siglo XIX se irían delimitando las condiciones de la profesionalización de la escritura una vez desplazada del lugar de enunciación del Estado; pero quizá habría que pensar que la división de saberes y la naciente especialización de las ciencias producto de la filosofía positivista, estaría más bien demarcada, en su afianzamiento, por la dictadura militar de Díaz, pues es a partir de 1876, año que marca el ascenso de Díaz al poder, que la situación previa de los políticos letrados cambiará radicalmente⁴. En el presente inaugurado por Porfirio Díaz, dice Luis González, contaron más los hombres de la espada que los hombres de letras, pues desde su juventud descreyó de los letrados y la letra impresa (*Historia general* 930-31).

La filosofía positivista tuvo su introducción oficial en la ceremonia cívica del 16 de septiembre de 1867, cuando aún era noticia fresca el triunfo de los liberales contra los franceses, con la “Oración cívica” de Gabino Barreda a quien Juárez había encargado reformar la educación, y en la que se planteaba ya “la divina trinidad positivista o, si se prefiere, la divisa del positivismo mexicano: Libertad, Orden y Progreso” (*El positivismo en México* XVIII). En ese texto, Gabino Barreda menciona un periodo de la historia nacional de guerras y desorden sucesivos, de avances y retrocesos, el cual tendría su inicio

⁴ Porfirio Díaz y su elenco de militares oportunistas y políticos más o menos jóvenes e inexpertos, apunta Luis González, toman las riendas del país con el aparente propósito de poner en obra la Constitución de 1857, y el Plan de Tuxtepec que la purificaba (cuyo punto principal abolía la reelección presidencial planeada por Lerdo de Tejada). Los nuevos gobernantes eran los milites ya conocidos en la República Restaurada que habían apoyado política y militarmente a Juárez (*Historia general* 930).

con la guerra de Independencia (1810) hasta la reciente, en ese momento, expulsión de los franceses. Esta anarquía, en el ámbito social y político, era la que la doctrina positivista pretendía erradicar, pues según la evolución histórica surgía ahora la urgencia del orden político. Ahí, a partir de un recuento histórico y motivado por el anticlericalismo, Barreda ya hacía explícita la necesidad de especialización de los saberes, diciendo que el sustento de la política debía ser la ciencia: “Y tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política” (*El positivismo en México* 4).

La “Oración cívica” es un recuento que dota de armonía a la historia de México, emula a los héroes nacionales, es una reafirmación del liberalismo, de la emancipación española –España como símbolo de barbarie, retrogradación y decadencia–, de la emancipación no solamente política, sino también religiosa y científica, pero también un punto de partida para la iniciación de una nueva época. Fue, dijo Carlos Monsiváis “el prólogo necesario al régimen de Díaz, el caos que se disuelve y se reconcilia en la paz” (*Historia general* 1385).

Así, de 1867 a 1877, después de la guerra contra Francia –apunta Luis González–, México fue asunto de una minoría liberal compuesta en su mayor parte por letrados, autores distinguidos de la Constitución de 1857; sin embargo, ellos se encontraron con obstáculos de todo orden en las metas a seguir en la reconstrucción de la república, como la indiferencia política de la gran masa, explicable en un país donde sólo los liberales y una débil clase media que buscaban un orden democrático liberal podían armar la Constitución de 1857 y querer su ejercicio. Otro grupo, abatido por la golpiza que acababa de recibir, se

rehusaría a quererla o a cumplirla; pero lo peor era conseguir su veneración para quienes la democracia era una quimera, y quizá un absurdo. Aun las tropas que pelearon en pro y en contra del sagrado documento eran ajenas a su contenido. Quienes lo alababan o lo injuriaban, continúa Luis González, eran minorías distantes de la mayoría popular; la mayoría no apoyaba constitución alguna; al pueblo raso no le importaba la democracia; el voto lo tenía sin cuidado. A lo anterior habría que agregar una arraigada tradición de violencia: a la meta del poblamiento del país se oponía principalmente la inseguridad de la vida en él. Desde Europa, México era visto como tumba. A quien no borran las epidemias, la guerra se encargaba de borrarlo. La aspiración de la paz, premiosa y casi unánime, no fue satisfecha por las administraciones de Juárez y Lerdo (*Historia general* 913-919).

Por lo tanto, es posible ver repetido el mito de la masa indiferente ante sus propias libertades políticas, resultando paradójico el intento por borrar la participación consciente de las masas en las luchas armadas que perseguían el poder, si se toma en cuenta que tales pugnas siempre tuvieron una gran participación popular. El mito de un indiferentismo político lo relacionaría después Manuel Gutiérrez Nájera, implícitamente, a cierta idea de fuerte oposición política. Las disputas partidistas por el poder, ya fueran entre liberales y conservadores, o después como lo fueron las variantes entre los mismos liberales, los moderados (porfiristas) o los jacobinos (de tradición juarista), y la falta de conciliación fue lo que se consideró anarquía política.

2.2 La ruptura generacional o la cancelación del pasado: Hacia una nueva modernidad

Son aquellas circunstancias previas que irían perfilando el ascenso de Díaz al poder. Fue durante esa década de la República Restaurada (1867-1877) que la primera generación de positivistas se hizo a la tarea de demoler los cimientos políticos e ideológicos del viejo régimen, y logró la segunda independencia del país (Sosa XV). La segunda generación positivista, con la misma obsesión del orden que la primera –comenta Sosa– estuvo más a favor de introducir a México al “concierto civilizado de naciones” (XXIII), de acuerdo igualmente a la idea de orden –político, social y moral–, así como a la idea de la evolución aplicada a la sociedad, a la historia, y a la filosofía del progreso.

Manuel Gutiérrez Nájera agradecería la labor de los constituyentes, pero adscrito al menos ideológicamente a la segunda generación positivista, y partidario también de una idea de evolución política y social, compartiría al respecto un odio al “jacobino de hoy”. Reconocería así la labor de los constituyentes como los que derrotaron una invasión extranjera, constituyeron un Estado, pero que no lograron la unificación, no controlaron el caudillismo, ni crearon las condiciones de seguridad para el desenvolvimiento de la industria y tampoco controlaron al clero político, por lo que continuar con el jacobinismo era peligroso.

MGN vería en el liberalismo político de los jacobinos, que fue el proyecto de la República Restaurada, un peligro para el orden deseado. Pues el poeta, al concebir al hombre en constante evolución, explica Clark de Lara, consideró que los liberales que años atrás habían proclamado la libertad y las reformas, en la actualidad porfirista, aferrados a

sus principios democráticos, se habían convertido en la facción conservadora (*Obras XIII LII*). Por lo tanto, el “jacobino de hoy” para MGN constituía una amenaza anárquica por los ideales de libertad absoluta y garantías individuales que los reformadores juaristas habían propugnado. Así, MGN diría a propósito de ellos en 1881, en “La guerra santa”, crónica de carácter político publicada en *El Nacional*:

Son liberales conservados en vinagre, como los pepinos, arrugados y viejos, como las pasas de Corinto o los higos de Smirna; envueltos en mantequilla como el huachinango antes de la invención del ferrocarril. Son los carlistas de la democracia: conchas fósiles incrustadas en la roca social, desde el Diluvio o la Reforma. Su credo sigue siendo el de aquellos días calamitosos de feroz jacobinismo: todavía quieren ahorcar con la tripa del último fraile al último rico. Les ha pasado lo que a don Pomposo Verdugo en la inauguración del ferrocarril de Morelos: se apearon del vagón y el tren siguió marchando dejándolos en medio del camino. ... La juventud moderna, aún la más descreída, mira asombrada a esos héroes de club y pregunta quiénes son, como si se encontraran frente a las momias de Santo Domingo. Un enorme paliacate de cuadros cubre su cabeza, figurando un gorro frigio. Hoy usamos sombrero de copa y fieltros negros. (*Obras XIII 112*)

No deja de ser evidente el rechazo a todo lo que tuviera que ver con la generación anterior de liberales y el desdén ante todo lo que significa ser anacrónico. El ansia de novedad y desarrollo, y el de la necesidad de cambio en todos los ámbitos de la vida, del hombre nuevo, del político nuevo, del nuevo escritor se fueron perfilando para la obtención de un mismo propósito, el del progreso, aunque por diferentes caminos o medios, sin importar llegar a ello por encima de la libertad y la igualdad. Hubo desde la perspectiva de MGN una crítica a la descentralización del poder anterior a él que no logró consolidarse, sino sólo dictatorialmente hasta Porfirio Díaz.

La libertad, la obsesión básica de los liberales en el período anterior, en la aurora porfiriana empezó a sufrir. Por principio de cuentas no se entendió con el orden. Éste, para consolidarse, le sustrajo a la libertad la intervención en la política. Se dijo que las libertades políticas no eran del todo urgentes, máxime que los súbditos de Díaz ni las anhelaban ni hacían uso de ellas. Salvo la clase media, las demás no sabían gobernarse a sí mismas (*Historia general* 947). MGN estuvo completamente de acuerdo con lo anterior, pues mientras que por un lado propugnó por la libertad en el arte, por el lado político y social estuvo a favor de las restricciones impuestas por el gobierno, en un pacto de concordia con el nuevo proyecto político. Porque si durante el romanticismo los proyectos nacionales se apoyaban en la cancelación del pasado colonial, en el periodo histórico impuesto por Díaz, MGN participaría en otro proyecto similar que intentaba cancelar el pasado inmediato, al considerar a Juárez como un personaje útil a su tiempo, pero no al actual en el cual la premisa máxima constituía imponer el orden político y social sobre la libertades instauradas en la Constitución de 1857.

Como menciona Belem Clark de Lara el autor comenzó por ofrecer su perfil ideológico, declarándose moderno al expresar su rompimiento político con la generación que lo precedió, y sólo a los seis meses de que Díaz había iniciado su gobierno, el autor se mostró como un convencido del programa de paz, orden y progreso que caracterizó al Porfiriato (*Obras XIII LI*). No obstante, considerar a MGN como quien rompe totalmente con la generación que lo precedió sólo puede ser aplicable en cuestión de los nuevos valores políticos, pero no en la función que desempeñó el escritor al intentar promover el proyecto de modernización mediante la cancelación o desacreditación de los liberales

anteriores, quienes por aferrarse a una idea vaga de libertad y soberanía popular sólo retrasaban la inclusión de la nación al concierto de la civilización. La Reforma, entonces, constituía ya una antigüedad histórica, y sus leyes, así como quienes aún las defendían, representaban un obstáculo para la paz y la modernización, pues se veía que el programa liberal de la Reforma y su continuación en la República Restaurada, desde las metas que se propuso no había logrado casi nada.

La nueva modernidad a la que se adscribiría MGN defendía los valores de la concordia política, del trabajo de todas las capas sociales para conseguir el orden y la paz, y de la incorporación de adelantos prácticos, industriales y educativos; dejando atrás, de este modo, la modernidad por la que lucharon los románticos nacionalistas: las libertades individuales. Y es que para MGN, la labor reformista de Juárez en el campo de las libertades sólo predisponía la anarquía.

MGN, no estuvo directamente inscrito dentro del equipo de “científicos” que Díaz incluiría en su gabinete al remodelarlo en 1888, que por lo demás, fueron un equipo de licenciados, tribunos, maestros, periodistas y poetas. No obstante ellos, como los intelectuales de las dos generaciones previas, propendieron al saber enciclopédico, y también, igual que sus precursores les gustaba la política, así que no esperaron la segunda llamada para hacerse burócratas (*Historia general* 957-958). Sin embargo, MGN, desde el 16 de septiembre de 1886 formó parte del Poder Legislativo como diputado suplente, y en 1888 fue nombrado diputado propietario por Texcoco, cargo menor y sin influencia en

política, pero que al menos le otorgaría un ingreso económico mensual⁵ que lo dotaría de una situación económica menos precaria. De esta forma “oficial” quedaría adscrito al Porfiriato como burócrata.

Este cargo político menor, a grandes rasgos parecería “un premio” otorgado al escritor por sus servicios de promoción al régimen, aunque MGN siempre negaría que su proselitismo político fuese pagado. Si bien, ese cargo legislativo durante la aurora del Porfiriato, políticamente no significaba nada. Durante esa época la única persona que hacía realmente política era Porfirio Díaz, quien excluyó totalmente a su gabinete –y no se diga a los alrededores poéticos que ni eran parte oficial de esos científicos-- de las cuestiones de orden público.

Por otra parte, el grupo de los científicos, dice Luis González, fue un apéndice decorativo y útil del poder; decorativo porque el grupo contaba con las mejores plumas, los mejores oradores y las más exquisitas formas de comportamiento. Sin embargo, el dictador, cuidó “siempre en una forma exquisita el conservar buenas relaciones” con los científicos, pero les puso un hasta aquí cuantas veces pretendieron entrar en pláticas con él “sobre cuestiones de orden público”; ellos no podrán aprovecharse de Díaz, pero éste sí de ellos (*Historia general* 959). Desde 1888 se afianza el gobierno plenamente personal del general Díaz y se pone en ejercicio el lema rector del nuevo periodo de la era liberal mexicana, el famoso lema de “poca política y mucha administración” (960).

⁵ Belem Clark de Lara señala un ingreso por sus funciones de Diputado Propietario de distrito de 300 pesos mensuales (*Obras XIII LXIX*). Si se considera que en 1888 el peso estaba a la par del dólar, lo que ahora equivaldría a 23 dólares actuales por uno en 1888. Esto, al menos, en poder adquisitivo supone 7,100 dls. mensuales actuales, aproximadamente.

Aún así, Manuel Gutiérrez Nájera siempre se cuidaría también de mostrarse independiente y antiservil ante el gobierno. En una crónica fechada el 30 de abril de 1885 – antes de obtener su cargo político--, en *El Partido Liberal*, periódico subvencionado por el gobierno, MGN responde a ciertas críticas con que otro periodista lo había atacado, y dice:

Si predicar el orden y el respeto a la autoridad es un delito, lo cometí, lo cometo y lo seguiré cometiendo.

Si *El Nacional*, al referirse a mi apasionamiento, quiere dar a entender que por medio de editoriales políticos quise medrar e ir a caza de gangas, falta a la verdad. ... jamás me acerqué al general González para pedirle mercedes, ni recibí de él o de sus ministros gracia alguna. Los que entonces formaban su gabinete eran y son amigos personales míos, como lo son los ministros actuales, pero nunca solicité de ellos el más leve servicio.

... Precisamente puedo decir con orgullo que he sido y soy amigo desinteresado del general Díaz. Esto lo sabe bien el actual presidente, a quien tampoco me he acercado nunca para pedirle empleos o granjerías, pero a quien vengo defendiendo en mi pequeña esfera, desde hace más de cinco años. No aspiro a contarme entre los primeros amigos del general Díaz; no aspiro a verme entre el primer coro de los ángeles, pero sí reclamo un lugar entre los amigos pobres y humildes, pero leales y de buena voluntad. (*Obras IX 247-248*)

En este fragmento, MGN, rechaza fervientemente una actitud servil ante el Estado, refuta también algún indicio de favores materiales que pudiera haber solicitado o recibido de la élite gobernante, sin embargo acepta públicamente sus convicciones desinteresadas y su fe política. Fe hacia un hombre al que eleva a figura divina, centro que emana autoridad y orden, y al que su coro de ángeles lo celebran. La analogía aquí es evidente, se equipara al dictador con Dios, y el escritor se posiciona, o reclama al menos un espacio entre sus “ángeles” menores y humildes que le cantan.

Es precisamente en este espacio de la “pequeña esfera” desde la que escribe MGN, desde el espacio público de la prensa y no desde el Estado, el que confirmaría cada vez más la profesionalización del escritor que se iría fraguando a finales del siglo XIX. El mismo MGN en la crónica anteriormente citada dice “... yo vivo *exclusivamente* de mi pluma, y para vivir no me basta un sueldo de cien o ciento cincuenta pesos: razón por la que he escrito siempre en varias publicaciones a la vez” (las cursivas son del autor 246).

Ya puede encontrarse, efectivamente, la problematización entre la vida pública y la literatura, pues, como dice Julio Ramos, a medida que los estados se consolidaban, fue surgiendo una esfera discursiva específicamente política ligada a la administración y a la legitimación estatal, y autónoma del saber relativamente indiferenciado de la república de las letras (134). Si bien, Gutiérrez Nájera no hace política desde el lugar de enunciación del Estado, no se posiciona ni pretende figurar en “el primer coro de los ángeles” que admiran, aconsejan o llevan a cabo lo que el dictador ordene, pero sí apoyará al régimen porfirista con su pluma, declarándose “amigo” del presidente, del progreso, y de la ideología política imperante.

¿Cómo conjugar entonces el afán del progreso y el desarrollo nacionales como meta política y social en el ideal del escritor, y la función de escritor profesional que se iría separando de los núcleos de poder del Estado? Para Julio Ramos esa conjugación sólo se da en el orden de la ruptura. Ramos dice que fue ese caudillismo en México y Argentina, hasta Porfirio Díaz y J.A. Roca, el que promovió la descentralización del poder; pues el estado no lograba consolidarse como aparato *autónomo*. Es en esa coyuntura donde *escribir* era, anterior a la profesionalización del escritor, una actividad política, estatal, la

cual cristalizaba el intento de producir un modelo –en la misma disposición generalizadora del discurso para la creación de una ley capaz de supeditar la “arbitrariedad” de los intereses particulares bajo el proyecto de la *res pública* (95).

Entonces, la “Oración cívica”, del médico y profesor Gabino Barreda, fue un discurso público que definió un modelo en las últimas décadas del siglo diecinueve, cuyos principios basados en la filosofía positivista fueron, al menos teóricamente, abrazados por el régimen de Porfirio Díaz, confundándose en dogma político las consignas de orden y progreso. Este orden imprescindible para el progreso de la nación, aunque se mimetizara con la represión de las libertades individuales logradas anteriormente, será el mismo que MGN legitimaría paralelamente a la renovación de los moldes literarios y sus temas en su prosa modernista: irrealidad, elegancia, erotismo y coquetería, brillo verbal e imaginaria lírica. La pose del *dandy* literario y la del moralista y político confluyen en el espacio de la escritura en Manuel Gutiérrez Nájera.

3. El modernismo politizado: Cruzamientos de las funciones del escritor en el siglo

XIX y el fin de siglo

3.1 Para una profesionalización de la prensa

Julio Ramos, en *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, analiza lo que representó el proyecto romántico de las fundaciones nacionales como la instauración de un nuevo orden por medio de la escritura, en el cual escribir servía para llenar los vacíos de discurso que las luchas de independencia habían provocado. Una escritura que en este momento intentaba corregir el caos y proyectar las repúblicas.

Ramos emparenta los discursos fundacionales de América Latina, el de Sarmiento y el de Bello, en un mismo proyecto civilizatorio. Así, el discurso letrado de Bello, insistía en la codificación regularizada de recursos como el idioma y las leyes, el de un “saber decir” como presupuesto del proyecto de disciplina y racionalización que la naciente sociedad precisaba (11). La literatura, determinada por la retórica, por ese saber decir, era un depósito de formas, medios lingüísticos para la producción de efectos no literarios, no estéticos, ligados a la racionalización proyectada de la vida y de la lengua nacional.

Tal concepto de literatura como medio de operaciones no literarias, dice Ramos, se inscribe en el campo intelectual de la *república de las letras*. En la república de las letras, los intelectuales —médicos, letrados, militares, políticos— compartían una misma noción del lenguaje: la autoridad común de la *elocuencia*. Aunque en este tipo de campo intelectual había cierto grado de división del trabajo, se desconocía la fragmentación del saber que desde fines del siglo XIX diferencia, por ejemplo, la práctica y la autoridad de un poeta de

la de un letrado o un historiador, incluso en América Latina (99); Sarmiento, del mismo modo, pretendía un nuevo orden implementado a partir de la escritura (12). Para Ramos, entonces, a partir de 1820, escribir “era dar forma al sueño modernizador; era civilizar, ordenar el sinsentido de la barbarie americana” (65-66).

Pero lo interesante al respecto radica en la división de saberes que marca Ramos, ya entrada la época positivista, que provocaría la profesionalización de la escritura, en la cual el letrado se vería excluido del ámbito político de la enunciación, en donde sería marginado de las funciones políticas anteriores, restándole autoridad a las letras, haciéndolo insignificante frente al Estado, para así comenzar a especializarse como el profesional de la literatura, alrededor de 1880.

Sin embargo, resulta un poco forzado, en el caso mexicano, hablar del escritor como personaje marginado de la vida pública política cuando ya se había puesto en marcha la filosofía positivista desde 1867, la cual dominaría durante todo el porfiriato en México, y uno de los nuevos escritores como Manuel Gutiérrez Nájera, quien nació en 1859, la asimilaría como dogma político y social. En este sentido, hablar de una marginalización del escritor es como imponer desde afuera una traba determinante de exclusión. Y aunque obviamente estas ideas fueron importadas de Europa y después impuestas por un élite política, por qué no pensar que el escritor optaría también, no como algo únicamente impuesto, sino como algo aceptado de antemano el hecho de no hacer carrera en la política,

pero dada su situación de escritor y periodista, glosar desde la institución de la prensa, y reafirmar, desde ahí, una nacionalidad y un orden político nuevo.⁶

Si ya no se trataba de construir una nación, sí se trataba de construir, documentar y modernizar una ciudad, espacio por antonomasia del escritor modernista, a la que le cantarían constantemente, amándola o despreciándola, pero siempre objeto y espacio de sus pasiones y de sus ideas. Narrar era poblar una ciudad de individuos ordenados, civilizados y modernos. MGN no podía sentirse “marginado” cuando él también era un producto de su época y era consciente de sus aptitudes, el escritor modernista era también consciente de su saber y de sus alcances. En 1881, en una crónica titulada “La prensa”, en *El Nacional*, hablando específicamente sobre la verdadera función de la prensa en la sociedad y de la necesidad de capacitación profesional de los periodistas, diría al respecto:

La verdad es que carecemos de periodistas ministeriales, de escritores serenos, propios para estudiar las graves cuestiones administrativas, y esto depende, en nuestro juicio, de que el triste período de nuestras rebeliones intestinas ha franqueado el estudio de la prensa a hombres apasionados y violentos, cuya sola fuerza estriba en la virulencia del ataque y en la acritud insana del criterio. (*Obras IX 45*)

Más adelante en la misma crónica, MGN explica:

La prensa, como la administración, ha de moralizarse irremisiblemente. Poco a poco los desertores de las aulas irán desalojando el sitio que dignamente deben ocupar los hombres de saber y de prudencia. Tendremos una prensa noble y respetada, como la tiene Alemania, como

⁶ El caso mexicano se constituye como una excepción, que hasta ahora de alguna u otra forma sigue sucediendo, porque el Estado apoya y subvenciona la cultura y a artistas y escritores.

la tiene Francia. Habrá jurisperitos que estudien las cuestiones del derecho, ingenieros que diluciden la construcción de las vías férreas, médicos que consagren sus esfuerzos a hacer patentes y palpables los inconvenientes higiénicos de la ciudad. ... Existen muchas ruedas que deben entrar en el complicado engranaje de esa máquina. (47)

MGN deseaba una prensa que apelara a la división de los saberes, a la especialización científica para mejorar la calidad crítica y cultural de los periódicos, de periodistas profesionales y especializados. Este orden positivista de la especialización científica lo compara con la administración política, que como ésta última, debía “moralizarse”. Moralizarse era rodearse de un séquito de científicos que instruyeran las decisiones del gobierno “con sus consejos sanos y prudentes” (48).

El autor parece decir que la modernidad es una máquina en la que deben de participar las distintas ramas del conocimiento para echar a andar el engranaje de una ciudad: derecho, ingeniería, medicina, artes, que en lugar de la discordia colaboren con un criterio fundado en el saber. Y su crítica va más allá de una cuestión de profesionalización, pues está dirigida al periodismo de oposición. El autor creía prescindible una educación sólida y vasta para poder deliberar sobre cualquier cuestión política o administrativa, y si ataca a los periodistas opositores al gobierno también lo hace contra la prensa banal que no atiende los asuntos realmente importantes para el país.

En el desplazamiento evidente del escritor de la esfera política de enunciación hacia el de la prensa hay un afán de realizar la naciente especialización científica; hay un deseo de implementarla en todos los ámbitos de la vida pública. Y aunque admira la versatilidad capacitada del maestro Altamirano, cuya repercusión en las literatura mexicana se ubica en

el espacio indiferenciado de las letras y la política con el proyecto previo de formular y restaurar una literatura nacional, MGN se apartaría de aquel autor al que llamaría maestro⁷, cuando alabando su labor diría: “Tenemos ... literatos y publicistas como Altamirano, tan hábil para las tareas estéticas como para las disputas del parlamento y de la prensa” (49).

Con MGN se revela la tendencia a la autonomización de las ciencias pero como factor necesario para mantener el diálogo inteligente y juicioso, tanto en política y cuestiones administrativas, como en el periodismo especializado y en la literatura. Precisamente por esta falta de especialización científica en el periodismo, MGN, se quejaría amargamente del trabajo extenuante del periodista:

... el periodista tiene que ser no solamente el *homo dúplex* de que hablaba el latino, sino el hombre que, como los dioses de Walhalla, puede partirse en mil pedazos y quedar entero. Ayer fue economista, hoy es teólogo, mañana será hebraizante o tahonero. ... no hay ciencia que no está obligado a conocer; ni arte cuyos secretos deben ser ignorados por su entendimiento; la misma pluma con la que anoche dibujó la crónica del baile o del teatro, le servirá para trazar hoy un artículo sobre ferrocarriles o sobre bancos. Y todo esto sin que la premura del tiempo le permita abrir un libro o consultar un diccionario. ¡Al coche! ¡Al coche! Los

⁷ En la fecha de la crónica “La prensa”, explica en una nota Ana Elena Díaz Alejo que el magisterio de Altamirano era reconocido y respetado por la nación entera, y su producción literaria inclusive en ese momento era muy importante, tanto en periódicos como en volúmenes impresos (*Obras IX* 49). Para José Luis Martínez, a partir de 1867, a raíz del triunfo de la república liberal, habría un periodo en la literatura mexicana en el que predicaría Ignacio Manuel Altamirano bajo el signo de la concordia y el impulso nacionalista, periodo que no concluiría sino hasta 1889. Sería un periodo entonces, continúa Martínez, en el que aún no hay una sustitución violenta de ideas y formas culturales, sino la maduración y el fortalecimiento de un antiguo impulso, mismo que Altamirano organiza como un programa coherente y sostenido. Gracias a este programa, que llega a ser empresa nacional de integración cultural, la literatura, el arte, la ciencia y la historia se cultivan con laboriosidad y entusiasmo singulares por liberales y conservadores, reunidos al menos por unos años gracias a la concordia proclamada (*Historia general* 1024). Aunque las fechas pueden variar, y creo que siempre resulta impreciso marcar exclusivamente un año como fecha de ruptura e inicio de una nueva percepción de la vida y la literatura, lo único que muestran estos datos es que al menos, en 1880, ya era posible ver el desplazamiento del nuevo escritor hacia ámbitos de enunciación distintos de los anteriores.

pasajeros se atropellan, las maletas se abren o se caen, los brazos se desanudan, el silbato suena, y el tren parte sin aguardar ni una hora, ni un minuto. (*Obras IX* 168)

El fragmento citado pertenece a la crónica “El periodismo en México”, de 1883, en la que muestra ese apresuramiento de la vida moderna en las ciudades y compara el trabajo del periodista con el pasajero premuroso que aborda el tren en medio del caos. MGN era consciente de estar en una época, que dejando atrás la ciencia enciclopédica, estaba abierta a la especialización de los saberes. Sin embargo, para el autor, sólo el periodista tenía que conocer por fuerza, aunque sólo fuera superficialmente, toda la escala de los conocimientos humanos: “Sólo él tiene que ser músico y poeta, arquitecto y arqueólogo, pintor y médico” (169). Su deseo era que el valor de la prensa tuviera más trascendencia y prestigio tanto político, como social y artístico, lo que le otorgaría también más tiempo y espacio para abocarse a sus inclinaciones literarias; pero es también un intento por devolverle al periodismo el aura de la literatura.

La versatilidad en las diferentes ramas del conocimiento es la misma que le otorgaría cierta autoridad intelectual para poder departir sobre una variedad infinita de temas en sus crónicas; versatilidad que sólo era posible en el espacio textual de la crónica, en el cual, a cambio de un sueldo, ponía su inteligencia al servicio de ciertas ideas políticas y filosóficas que no eran sino sus propias ideas. La crítica a la falta de un periodismo especializado fue en MGN una lucha de jerarquías profesionales, de ahí también su crítica al sensacionalismo del naciente *reporter*, de la noticia de a centavo, como el autor la llamaría.

Para MGN la crónica sería un anacronismo. En 1893, en un texto llamado “Monseur Puck, cronista”, el autor diría respecto del género que escribió toda su vida: “La crónica, señoras y señoritas, es, en los días que corren, un anacronismo. ... La crónica –venerable nao de China—ha muerto a manos del *reporter*” (*Obras IX* 418). Este anacronismo puede explicarse por las implicaciones, sociales, políticas y literarias que el género investía, ya que, como agrega Monsiváis, desde la República Restaurada la crónica consignó los impulsos de las clases sociales, la “intimidad” que comenzaba también a ser hecho público, el reparto del sentir nacional, en hábitos, estructuras de diálogo y sistemas de comportamiento; y si la crónica cumplía deberes cívicos y morales, complacería nostalgias, y también mantendría en la prensa la obligación de la literatura (*A ustedes les consta* 31). Así, la hibridez del género fue lo que le permitió a MGN emplearlo para propósitos muy diversos, desde el simple entretenimiento lúdico hasta sus ideales y convicciones estéticas o políticas; deliberó si no desde la política sí sobre política, pero de un modo en el que él aún se sentía impelido por el precedente de la tradición que veía en la prensa un espacio educativo, ideológico y político.

3.2 Para una profesionalización de la política

Su compromiso con los ideales del progreso y la modernidad lo llevaría a dar cuenta de la necesidad de la división de los saberes entre la política y la literatura. En 1881 aboga por supuesto por la autonomización de las ciencias, pero resulta paradójico desde la perspectiva en que lo hace en la crónica “El club de los inútiles”, publicada originariamente en el periódico *El Nacional*:

La política es una ciencia esencialmente positiva que no debe pagarse de promesas y palabras. Sin querer conseguir ideales y perfecciones que están fuera de su alcance, y en cuya conquista imaginaria gasta gran parte de sus fuerzas verdaderas, ha de sujetarse al círculo de las cosas practicables y hacederas, so pena de sufrir muy serios descalabros y de colgarse al pecho el sambenito del ridículo. Hasta aquí, todos los soñadores que han querido hacer el mundo a su imagen y semejanza, lo que han hecho es comprometer la existencia de los gobiernos y dar al traste con los planes más diestramente combinados. Inútil es que pretendamos escapar a las necesidades del momento histórico y a la ineludible ley de la evolución. El progreso no camina brincando y saltando como los saltimbanquis. Es una gran locomotora, encarrilada de antemano, y que marcha segura por la vía. Quien la intenta atajar, cae aplastado; mas quien pretende, sin cordura ni cautela, imprimirle una rapidez extraordinaria, corre el riesgo de hacer que vuele en mil pedazos la caldera. (*Obras XIII* 107-108)

Su perspectiva, en este texto, es a partir de la visión política positivista de la autonomización de los saberes; es desde la defensa de la racionalización de la política que MGN plantea una división de funciones entre política y literatura (o poesía). Sabe que la labor poética implica la construcción con el lenguaje de ilusiones y utopías, agradece que los políticos, afortunadamente “no se deja[n] seducir por el canto armonioso de los poetas” (109) y define entonces las labores del político como una ciencia práctica, que conlleva exclusivamente a la acción.

El “canto armonioso de los poetas”, que pertenece al orden de las utopías, no debe avenirse con la práctica política, a riesgo de menoscabar las funciones de ésta. No obstante, MGN, también poeta, echa a andar una de sus tantas paradojas de fin de siglo: define y delimita las necesidades y funciones del hombre político, desde su pluma de cronista y literato, para marcar la separación entre política y literatura, pero no a favor de la

profesionalización de la escritura ni de la posición esteticista, sino de parte de la imprescindible profesionalización del hombre de Estado.

Precisamente por esa voluntad de autonomía de lo político, MGN ve positivamente, no la “emergencia de un *mercado literario*” (144) que Julio Ramos veía en Martí, sino la separación entre literatura y las instituciones del Estado, pues gracias a esto la política puede desarrollarse en provecho del progreso de la nación. Un progreso que encuentra su símil en la locomotora, como símbolo moderno de evolución en el trayecto, y de movimiento. El progreso visto como parte de un proceso evolutivo que implica, por lo tanto, circunstancias históricas y sociales adecuadas.

Entre estas circunstancias adecuadas el autor define una forma de organización del devenir histórico y del progreso del desarrollo político de las naciones, y marca tres fases: “Primero vienen los filósofos, luego los hombres de la política, más tarde, pasados ya los conflictos revolucionarios, cimentada la sociedad, vienen los que dan a esta sociedad sus leyes constitutivas” (*Obras XIII*, 20). De esta forma, MGN pone mucho énfasis en las leyes que deben de regir a una sociedad ya formada. Leyes civiles y morales que rijan a una sociedad que los románticos ya cimentaron.

Asimismo, para MGN hay una importancia en el poder de las ideas, pues a través de ellas es como se provoca el aceleramiento del progreso y del orden. Para él, como lo plantea en “La cuestión política”, publicado en el periódico *La voz de España* en 1879, una serie larguísima de ideas deviene en un gran hecho histórico. Esta visión evolucionista de la historia es la que lo hace posicionarse, desde el momento en que trabaja con ideas y las escribe, como fracción integrante del proyecto de modernidad finisecular. Agrega: “Las

plumas preceden siempre a las espadas. De manera, que sólo las revoluciones que se apoyan en las ideas, y sólo las ideas que nacen de las necesidades, crecen y se desarrollan y coadyuvan a los fines prácticos del progreso” (*Obras XIII* 20).

Es la pluma del cronista que sustrae de la sociedad y de la política las ideas que le harán nutrir su labor de cronista. Escribir para él constituía contribuir a la consecución del progreso como un fin práctico. Desde su medio accesible que era la prensa, MGN propugnaba la unión de ideas y facciones políticas. El escritor, de este modo, se incluye con optimismo en el mismo proyecto modernizador y civilizatorio. En “*Fides spes*”, crónica publicada en *El Nacional* de 1880, el autor, en forma de arenga pública, exhorta al lector a través de un nosotros inclusivo que dice:

He aquí por qué venimos de tiempo atrás, sin tregua y sin descanso, predicando la unión de todos los partidos y el olvido de todos los rencores; he aquí por qué seguros de que sólo en la unión consiste nuestra fuerza, queremos difundir en todos y cada uno de los ánimos, esa confianza que alienta nuestro espíritu, esa fe que tenemos en lo porvenir, que es para nosotros la paz en la República y el crédito en el extranjero, el comercio aboliendo la miseria y el sufragio aboliendo las revoluciones.

Y todo esto hemos de conseguirlo sin estruendo, lejos del estrépito ronco de los campos de batalla y de las grandes turbulencias de un motín; tranquilos, sosegados, por medio de la prensa, de la tribuna, de la cátedra, que son la triple forma que reviste en los pueblos democráticos la queja de los mártires que sufren y la voz del apóstol que predica. (*Obras XIII*, 31)

Predicar la paz era una de las consignas que el escritor se adjudica y al mismo tiempo deja traslucir convicciones profundas, profesiones de fe disfrazadas de arenga política e ideológica. A través de su escritura propagadora de confianza, apela a la unión de los

partidos –como lo había hecho ya antes Altamirano--, a la confianza y la fe en el futuro político y económico nacional, pero esto sin hacer revoluciones ni alterar el orden. Para MGN la prensa, así como la tribuna política y la educación constituían uno de los tres pilares para luchar por el progreso y los valores democráticos.

Esta importancia que MGN le da la prensa, posicionándola a la misma altura de la labor política y la educación, contradice la idea de la marginalización del escritor modernista de la que habla la crítica tradicional desde Rubén Darío hasta Julio Ramos. Si el escritor ya no estaba en el lugar institucionalizado del poder, si ya no era un hombre de Estado y por lo tanto no emitía sus discursos desde la tribuna parlamentaria, sí lo haría desde ese espacio al que el mismo autor le confiere legitimidad y autorización política y, en este caso, no estética.

La práctica de la escritura en MGN funciona como una exhortación y una apóstrofe a la juventud –que retomaría después Rodó en un impulso continental con *Ariel*– ya que, una vez concluida la construcción del Estado, la nueva urgencia consistía en la elaboración de una cultura a través de la educación y en la aceleración del progreso material. Es, pues, una exhortación que intenta provocar ánimo a la juventud, confianza y fe en el porvenir. Para MGN el mayor vicio de la sociedad y al cual había que combatir, inclusive desde la prensa, era el escepticismo ante las empresas políticas, o dicho de otro modo, una carencia de fe en el gobierno; por eso el autor alega por una juventud activa y con fe para buscar, mínimamente, el progreso propio e individual, logrado a través del trabajo. En “*Fides spes*”, MGN dice:

Un grande vicio hay que extirpar del alma de nuestras sociedades: el escepticismo. Duélenos ver esa raza privilegiada de inteligencias firmes y resueltas, que tanto pudiera hacer en bien de la República, y que desventuradamente corroída por prematuro desaliento y agobiada por precoces desengaños, desconfía del buen éxito de toda empresa, se envuelve en su indolencia, y arroja de sí la pluma y la espada, como labrador débil y enfermizo a quien postra el cansancio en la mitad de la tarea. ...

Es, pues, indispensable que restaure y vivifique el ánimo de la juventud un gran soplo de vida; que se les muestre por las enseñanzas de la historia cómo han caminado eternamente a su ruina todas las sociedades que se corrompen y afeminan, que se le fortalezca y vigorice en el estudio de una filosofía noble y levantada, como los atletas iban a ejercitarse en el gimnasio; de manera que alzándose por encima de toda suerte de mezquindades y toda suerte de pequeñeces, pueda volver los ojos a la ciudad santa del Derecho, a la tierra prometida de la Libertad, aunque muera, como Moisés, sin llegar a ella, pero ya divisándola a lo lejos, desde la cumbre del Monte Nebo. (*Obras XIII*, 32-33)

Así, el autor se dirige a los encargados de la educación de la juventud, posición que también compartía por intentar modelar al nuevo ciudadano, por instarlo a hacerlo partícipe de la vorágine del progreso, a través del trabajo como valor que debía implantarse en la juventud. La pluma, para el escritor, fue también una espada, un arma de lucha en tiempos de la paz deseada. Entonces, resulta paradójico pensar ese periodo anterior a la consolidación y autonomización de los Estados nacionales exclusivo de la politización de las letras. En un momento en que las letras, dice Julio Ramos, proveían del código que permitía distinguir la civilización de la barbarie, la modernidad de la tradición, se marcaban así los límites de la deseada *res pública* en oposición a la “anarquía” y el “caos” americano (133). Si las letras, entonces, ya no proveían ese código legal, a finales del siglo XIX, MGN lo va a promover, a publicitar.

MGN, a través de su escritura, predicaba como un “apóstol” o un “mártir” los lineamientos que debería de seguir una nación para su prosperidad y poder entrar en el concierto de las naciones civilizadas. En esta prédica de consenso entre partidos, de la no confrontación como un intento de abolir el caos y la anarquía, también subyace el mismo deseo de unir así las diversas profesiones, la del político, la del escritor y la del pedagogo, en un mismo fin civilizatorio. La anarquía y el caos era precisamente lo que se debía evitar para promover la inversión extranjera, ultra necesaria en ese momento para el desarrollo económico de la nación. Anarquía que estaba representada por el pueblo en cualquiera de las dos versiones de un discurso excluyente: si el pueblo es indolente no participa, si el pueblo participa es anarquía.

3.3 La propuesta de reescribir la nación en las crónicas de MGN

Anteriormente en el periodo romántico, fueron los letrados los encargados de redactar los códigos legales, y las letras no eran simplemente el vehículo de un objeto legal, externo y representable, pues más bien eran, dice Julio Ramos, por su carácter codificado, el modelo de formalización y constitución de ese objeto (133). Así queda claro que el escritor de fin de siglo ya no redacta los códigos legales, ya no es el letrado romántico que se dedicaba a redactar los textos políticos oficiales y fundacionales; sin embargo, a través de la prensa MGN propone a la sociedad lectora la reescritura de esos mismos códigos legales que provenían del periodo anterior romántico nacionalista.

De esta forma, MGN planteó en varias de sus crónicas de tema político una línea divisoria explícita entre el campo de la gobernabilidad política y el de la literatura. Hay en

este tipo de textos una dialéctica de conceptos que el autor maneja para tajar las características que deben constituir a la masa social y al hombre de política si éstos quieren pasar a formar parte de la modernidad tan ansiada y del progreso prometedor. Progreso que además de ser el estandarte de la política del momento, va a funcionar como el ideal social que pretendía MGN para la nación, el cual sólo se podría alcanzar siguiendo una preceptiva de comportamiento con la que deseaba modelar y transformar los rasgos de un cuerpo social. Para esto, había que partir desde la raíz del problema ubicada, según él, en la base legislativa del país: la constitución política.

Desde 1879 MGN criticó a la escuela liberal tradicionalista por no permitir reformas a la constitución de 1857, describiéndola como una “ley caduca y vieja sin haber vivido” (*Obras XIII* 11). Por esto, para poder entender la posición del escritor, sólo es posible hacerlo mediante la premisa de que su participación en el nuevo proyecto nacional de modernización tenía que clausurar el pasado inmediato. Las modificaciones a la constitución que proponía MGN estaban basadas en un intento por reafirmar y garantizar la autonomía del nuevo orden político, controlando así a la oposición. Estas reformas legislativas que él consideraba imprescindibles implicaban más bien una revisión radical y absoluta de la carta magna. Había en el pensamiento de MGN el empeño por lograr la congruencia entre el ideal y la praxis; para eso había que reducir las falsas libertades de papel:

¿Es un ideal? Pues entonces reléguese en buena hora a la biblioteca sobradamente extensa de las utopías. Hoy el sentido práctico entra por mucho en la constitución social de las naciones. Los sueños de Rousseau

se alejan fugitivos y se esconden ... ¿A que tener tantas libertades en las leyes y tantas y tantas trabas en la práctica? ... no intentamos hacer un pueblo para una constitución, sino una constitución para un pueblo. (*Obras XIII*, 13)

El progreso sólo podría lograrse entrando a la dinámica de la innovación y de la actualización. No bastaban ya los arrebatos románticos liberales si provocaban la anarquía y el desorden de las luchas facciosas. Adepto del positivismo y de la consigna en boga de “Orden y progreso”, MGN, a través de un nosotros inclusivo, reprende a la oposición política por representar un obstáculo para la realización del progreso. Después de todo, qué significaba la modernidad, sino, como dice Marshall Berman, esa vorágine en la vida cuya fuente fueron los grandes descubrimientos de las ciencias, del crecimiento urbano, del desarrollo tecnológico e industrial, de Estados que luchaban por posicionarse ventajosamente en las relaciones de poder, de procesos sociales fluctuantes, cambiantes (Berman, 2). Precisamente por esta aceleración del ritmo de vida había que adecuar la ideología necesaria para no caer en el caos revolucionario o intervencionista. La paz era un requisito y una invitación a la inversión económica extranjera, pues se necesitaba el capital.

El nosotros inclusivo empleado muchas veces por MGN en varias crónicas de tono político apela a la unión de las clases sociales y a la confianza en el gobierno; es un nosotros que con más precisión interpela a un destinatario representado en el lector ciudadano moderno y no las masas analfabetas (las cuales luego irrumpirían a la vida civil con la Revolución de 1910). Para lograr esta unidad se tenía que comenzar a trabajar en el sentido práctico de lo posiblemente realizable, todo a su tiempo según las circunstancias dadas, sin ensanchar el desfase que separa a la sociedad y la legislación. El autor se ubica

dentro de ese “nosotros” para deliberar no desde la política, pero sí sobre política: “Nosotros en política somos enemigos irreconciliables de la utopía” (*Obras XIII* 11), un “Nosotros” en el que no está incluido el pueblo.

La utopía, para Manuel Gutiérrez Nájera, sería la síntesis de dirección a donde apunta el carácter del mexicano, definiendo así una identidad incompatible con el proyecto de progreso y sociedad modernizada adecuada a los cambios del momento. Así, a propósito del mexicano dice que “[l]a verdad nos parece raquíca, mezquina. Queremos engañarnos mutuamente. Como Prometeo, forjamos un ídolo a semejanza nuestra, pero nos falta la chispa del fuego celeste para darle vida” (*Obras XIII*, 11). El mexicano, en este sentido, pertenece a una casta prometeica, de arranques democráticos vanos, utópicos, y por lo tanto enemiga de los adelantos del progreso; por ello, había que adaptar una constitución a una sociedad, y no viceversa:

Hoy el pueblo no quiere ya palabras, sino garantías. No garantías abstractas y ficticias como las que ahora tiene, sino garantías sólidas y verdaderas. Más que libertad escrita quiere orden establecido. Se cansa ya de ver tan decantada su soberanía al propio tiempo que le agobian innumerables vejaciones. Nosotros no queremos una libertad ilimitada, porque nuestro pueblo no está educado para recibirla. Lo que queremos es que se llame a las cosas por su nombre, que nos despojemos de todos los disfraces, y que en nuestro Código queden expresas terminantemente las garantías y libertades que pueden darse al pueblo, así como también los deberes ineludibles que justa y debidamente se le impongan. (*Obras XIII*, 14)

MGN tenía el conocimiento de que el pueblo mexicano no tenía el grado de civilización adecuado para poder ejercer la serie de derechos y garantías que el pacto de 57

estipulaba, por lo que la utopía democrática representaba “una madre raquítica y enferma” (*Obras XIII*, 15), a la que había que combatir aunque esto costara la restricción de libertades. La lógica de pensamiento era que simplemente la libertad no se podía avenir con el orden, y MGN coincidía en que tales libertades no eran urgentes, y menos para un pueblo ignorante que no sabía gobernarse a sí mismo. Si bien, al enemigo político calificarlo de irracional y al pueblo de inepto, son también estrategias del discurso hegemónico del siglo XIX.

Nunca renunció al liberalismo, no obstante el escritor demarcó siempre la presencia de una nueva época, no la del radicalismo exagerado como la llamaría él, sino la de los liberales honrados –no en vano bautizó un proyecto editorial como Biblioteca Honrada, en el que únicamente se llegó a imprimir su colección *Cuentos frágiles*, en 1883. Su posición política fue más bien elitista, y arrobado por los principios positivistas explicó en una crónica llamada “Política racional”, en 1883, en la que mediante el recurso de simular transcribir una carta remitida por “[u]n lugareño mohíno y descontentadizo” que se encontraba de regreso del mundo de las ilusiones, el autor explicaba su propia actitud hacia la libertad política y de masas:

La experiencia enseña que la misma libertad concedida a todos sin distinción de aptitudes, ha traído grandes daños. Los ineptos que forman la mayoría, el número, se han valido de ella, impidiendo que los aptos hagan uso de ella para obtener el bienestar social. Partiendo de este principio podemos sin escrúpulos admitir que no todas las razas son igualmente acreedoras de la misma libertad, puesto que la ciencia enseña y la experiencia confirma que los individuos de todas las razas no tienen igualmente los mismos instintos y las mismas tendencias favorables a la civilización. Aquellas razas, pues, que repugnen la civilización, no serán

aptas para obtener la libertad, en tanto que no muden sus inclinaciones en virtud de ese misterioso transformismo que se llama la enseñanza. De estas proposiciones dimana simplemente la tercera. Si todas las razas no son igualmente hábiles para emplear la libertad en promover la civilización, es necesario prefijar las condiciones que, en la raza más apta, marcan su tendencia civilizadora, como requisitos que debe poseer el individuo para ejercer la libertad. (*Obras XIII*, 43)

Este tipo de discurso más enfocado en marcar las diferencias y aptitudes raciales para la práctica de la civilización no era nada novedoso. Todo el siglo XIX en Latinoamérica fue producto de las luchas entre élites por imponer un proyecto modernizador que sometió, u omitió, a distintos sectores sociales. Que MGN apoyara a la clase gobernante en el sentido de publicitar sus políticas elitistas y de control social significa que el autor era también un intermediario del proyecto modernizador, que trabajaría paralelamente y respaldando la política del gobierno, desde otro espacio ya diferenciado del Estado que era la prensa.

MGN era consciente de la marcada y arraigada diferencia de clases. Él, con su labor intelectual y artística se integraba a esa esfera de la raza más apta; él también era depositario de la tendencia civilizadora, pues tampoco se sintió integrante de ese pueblo al que llamó inepto. Es notable que ese denodado desprecio contra el “número” ya iría prefigurando el discurso arielista de 1900:

Mi conciencia repugna esa supremacía del mayor número sobre el menor; y tan no voy descarriado en esta repugnancia, que aun los mismos partidarios de tal doctrina, han procedido siempre y constantemente como si la desconocieran, puesto que niegan el sufragio a las mujeres de todas las edades y a los varones de menos de veintiún años. En este sufragio restringido, viene un reconocimiento implícito de mi doctrina. ...

Por más que vuelvo y revuelvo el *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, no logro comprenderlo. Ese pueblo que al propio tiempo manda y obedece, me ha parecido el parto de una imaginación calenturienta, reñida a muerte con la verdad y la experiencia. (*Obras XIII* 43-44)

Es así que por la ausencia de igualdad social atribuida a la superioridad o inferioridad de una raza el autor denegaría la soberanía al pueblo para delegarla en manos de la élite gobernante. El escritor abrazaría con confianza y fe a la clase elitista pues se creía que era la única que en ese momento podía acabar con los males del país (el desorden, las guerrillas, el aislamiento económico), y de esta forma abrir México a la inversión extranjera. MGN utilizaría tales argumentos para demostrar que, después de todo, él no estaba en contra de la libertad, sino que el dictador era necesario para poder lograr el progreso, el bienestar y “ese estado de plenitud social que se llama *civilización*” (42).

Es interesante cómo Gutiérrez Nájera hace una crítica, con el instrumento de la palabra pública y periodística –la crónica–, de la palabra legislativa que los constituyentes anteriores, no conociendo el estado de necesidades de la masa social, emplearon para instaurar libertades para quienes no conocían la libertad, pues “¡Qué ha de saber de derechos individuales el que sólo ve ‘la leva’ y los impuestos!” (*Obras XIII* 14). Con la escritura de la crónica el autor se propone desenmascarar otra escritura sustentada en, lo que él consideraba eran, ilusiones y utopías. Enfatiza que el romanticismo fue la época de los héroes y las revoluciones que propugnaron ideales, ya no acordes a las necesidades reales de la época positivista:

Estas revoluciones prematuras han sido la constante enfermedad de México. Fue prematura la Guerra de Independencia, fue prematura la Guerra de Reforma; tuvimos libertad de cultos antes de que tales cultos existieran. ... La obra de los constituyentes fue tan peregrina como la de aquel arquitecto que empezó la construcción de un edificio por el techo. Aquellos hombres estaban enamorados del imposible, y este amor engendra los héroes, pero no la paz. (18)

El imposible al que se refiere el autor consiste en las utopías liberales del pasado. MGN pensaba ese pasado inmediato, el cual el Porfiriato intentó clausurar, como una época anacrónica, en el sentido de estar adelantada a su tiempo; la acción reformista de Juárez se adelantó en modernidad a las reales necesidades del país. Hay pues un orden lógico que MGN plantea según la evolución histórica: Las libertades sólo son posibles una vez que el pueblo esté educado para ejercerlas juiciosamente y el país pacificado.

La soberanía del pueblo puesta en manos de los gobernantes, en la opinión del autor, no negaba “al bárbaro, al salvaje, a aquellos que vegetan en la última escala de la vida social, los derechos que se ganan en lid nobilísima, por medio de la instrucción y del trabajo”, lo que demuestra una retórica hegemónica, pues, ¿desde cuándo los derechos se ganan con la instrucción y el trabajo? Así consideró entonces que la misión de los liberales consistía únicamente en fundar escuelas “que eleven las conciencias y rescaten al hombre de esa madrastra que se llama ignorancia” (45)⁸. Pero mientras se llegaba a esto, y

⁸ Dice Luis González que resulta extraño que el régimen porfirista, tan amante del desarrollo económico, no haya hecho ninguna escuela de economía y haya fundado tan pocas escuelas industriales, agrícolas y técnicas. También le es insólito que la Iglesia católica, tan enemiga del positivismo, no hubiera tratado de combatirlo mediante la fundación de un gran número de escuelas. En 1900 los planteles escolares del clero apenas llegaban a medio millar; sólo representaban el cuatro por ciento de las existentes. Ni la Iglesia ni el Estado gastaron mucho en educación, pero éste expidió abundantes leyes de índole educativa (*Historia general 977-978*).

mediante el intento de pausar el ideal utópico del pasado, MGN definiría el modelo del sujeto político moderno e indispensable.

3.4 La delimitación y legitimación del sujeto político

Se llegó a plantear a Porfirio Díaz como un hombre de escasa ilustración, carente de ideales generales, torpe para hablar, que al lado de los elocuentes parlamentarios que tuvo la historia anterior a él, resultaba minimizado; sin embargo, en MGN la representación de Porfirio Díaz tendrá tintes publicitarios y heroicos.

Lo que no se puede negar sin embargo, dice Luis González, es que entre 1877 y 1888, gracias a los presidentes Díaz y González, se volvió al orden internacional después del aislamiento en que dejó al país la caída del segundo imperio; ambos, conscientes de la amenaza imperialista, acabaron al menos con la monogamia económica con Estados Unidos, y aunque el progreso económico sólo perteneció a la burguesía, lo hubo de una manera nunca antes vista que hizo de Díaz el hombre necesario, “el don Porfirio constructor de un México moderno, el héroe no sólo de la paz, también del progreso” (*Historia general* 946). Parte de ese progreso, para Manuel Gutiérrez Nájera, conllevaba de fondo una especificidad del sujeto político que implicaba a Díaz como el hombre requerido para realizar el proyecto de modernización nacional. Este sujeto político lo definiría a partir de su oposición representada en la figura del político idealista anterior al momento de la especialización de los saberes.

El poeta a menudo se mostró reticente a poner su pluma al servicio de los encargos patrióticos, como dijera en 1885 en “Literatura propia y literatura nacional”: “Hoy ya no

puede pedirse al literato que sólo describa los lugares de su patria y sólo cante las hazañas de sus héroes nacionales” (*Obras. Crítica Literaria I* 86).

Y sin embargo lo hizo, quizá no por encargo, pero sí por convicción. En sus crónicas de encomio al gobierno, en donde puso por principio su confianza en el porvenir, hay esa forma del anacronismo que el autor ya había mencionado como característica de la crónica. Ya que en el periodismo romántico, entre el frenesí libertario y la clandestinidad, dice Monsiváis, los periodistas están muy conscientes de su papel en la vida pública pues son el enlace interno del país, el apoyo indispensable o el golpe mortal, y de ahí surge la convicción generalizada de que el periodismo no es un oficio, sino una misión patriótica y política (*A ustedes les consta* 24). Para MGN sobrevivieron ciertos vestigios de este periodismo anterior a la profesionalización de la escritura. En la figura de este autor convergieron las labores del intelectual, del periodista y del escritor modernista, en una interrelación aún de cruces de funciones entre el escritor romántico y el modernista.

Julio Ramos explica que es posible pensar a los escritores de la época finisecular como los primeros intelectuales modernos, no porque fueran los primeros en trabajar con ideas, sino porque ciertas prácticas intelectuales, sobre todo ligadas a la literatura, comenzaban a constituirse fuera de la política, frecuentemente opuestas al Estado, el cual ya había racionalizado y autonomizado su territorio socio-discursivo. Para Ramos, tanto un Martí o un González Prada, en tanto intelectuales mantuvieron una relación con el Estado muy distinta a la de Sarmiento o Bello, para los cuales escribir era una actividad ligada a la ley, orgánica a la “publicidad” liberal en vías de formación (142).

El propio MGN dio cuenta de ello. Su oficio escriturario ya estaba constituido fuera de la esfera de poder del Estado, pero frecuentemente en él estas prácticas de intelectual no eran nada opuestas a ese Estado. Para él la escritura, aunque la prensa ya no tuviera el poder político del sistema anterior y aunque por voluntad estética abogara por los refinamientos de idea y de lenguaje en la referencia a sucesos o en el retrato de personas, seguiría siendo un apoyo indiscutible tanto al gobierno como a los intereses del Estado. MGN fue una especie de publicista de los valores, tanto políticos como sociales que rigieron una época. En 1889 diría en “El periodismo. A propósito de un centenario”:

Pero a esta época de paz que, por dicha, alcanzamos; a este desplegamiento majestuoso de todas las energías nacionales, debe corresponder un periodismo que se desentienda de las cuestiones mezquinas, que se eleve a la esfera superior de la idea, que se desnude de toda antipatía pequeña y personal, que sea generoso y magnánimo con los vencidos, que realmente enseñe y realmente guíe y realmente alumbré a la nación en la senda anchurosa del progreso. (*Obras IX 289*)

Ese tipo de prensa pedagógica y guía de la opinión pública es la que le interesó a MGN, y es la que utilizó para mostrar su apoyo casi incondicional al régimen de Porfirio Díaz, y la que utilizó para criticar mordazmente a la prensa de oposición.

MGN se enfrentó con la única alternativa que le ofreció su época y su sentir elitista e intelectual; sin embargo, tampoco hay por qué reprocharle su fe cuando el ideal que motivó toda su escritura, tanto literaria y periodística, fue solamente el de la promesa de la modernidad. Así, él creía que su participación en el engranaje de la civilización era precisamente poner su escritura al servicio de sus convicciones políticas y formales,

emparentando la misión del artista con la del soldado. La pluma y la espada se unirían para rendirle pleitesía a ese hombre que algunos creyeron necesario para pacificar y modernizar al país.

En “Los hombres de Estado” (1882), MGN delimitaría lo que sería el “perfecto hombre de Estado”; modelo del hombre político que por definición se contrapone al hombre utópico del pasado, al iluminador. Es el hombre que piensa, que previene los obstáculos y resistencias que tiene que vencer, el que examina la firmeza del terreno “antes de levantar la enorme fábrica de sus ideales, y sabe contener a tiempo la carrera vertiginosa de ese potro indómito que se llama la imaginación” (*Obras XIII* 142).

La metáfora aquí para definir el ideal adquiere un término relativo a la industria, la “fábrica”. Son metáforas del progreso y la era industrializada con las que MGN se referirá a la vida política o social como una forma de insuflarle modernidad a la nueva realidad. Si bien el político trabaja con ideales que se erigen como un edificio al cual hay que construir sobre una superficie segura, debe de mesurarse ante los arrebatos imaginativos. Este tipo de hombre no es estático, sino que la evolución de la historia lo ha ido modificando para adaptarlo a sus circunstancias.

Los que vemos las cosas sin pasión, sin que los oropeles nos cautiven ni las palabras huecas nos fascinen, celebramos con entusiasmo y regocijo el solemne advenimiento de una administración que no da fácil oído a los eternos enamorados de la utopía y sabe caminar con pie seguro, midiendo la extensión de la ruta que ha de recorrer, y esquivando con tino los abismos. Esta política no satisfará probablemente a los que buscan con ahínco mal oculto todo linaje de reformas bruscas y de cambios imprudentes; pero la sociedad no se compone sólo de iluminados y de soñadores; la sociedad mira con júbilo a estos augustos administradores

que no la extorsionan, ni la perturban, ni la inquietan; quiere vivir en paz consigo misma, quiere que no se le moleste en las tareas cotidianas del trabajo; y de esta lenta elaboración que hoy se efectúa, bajo el discreto amparo del gobierno, brotará —no hay que dudar— un orden nuevo, no tan perfecto ni tan ideal como ese nuevo día de Astrea, tan cantado por todos los poetas, como ese mar libre en el que sueñan todos los viajeros de la región polar, como ese reinado del Señor sobre la Tierra predicho por los milenarios de todas formas y colores; más si con mucho superior al orden actual, más favorable a las conquistas de la libertad y al pacífico desenvolvimiento del progreso. (*Obras XIII* 143)

La fe en el gobierno no era únicamente exclusiva del artista. Toda una clase social vio con aceptación y esperanza la idealidad del progreso, en especial la oligarquía que requería de la paz para su florecimiento, con el antecedente de que el país se encontraba deteriorado por las luchas intestinas las cuales detenían el proyecto de nación. En el terreno de las ideas, dice Monsiváis citando a Zea, era preciso desterrar el pensamiento utópico y apoyar la nueva ciencia práctica que se basa en la experiencia y las ideas realizables; el culto a la libertad individual era un riesgo que producía caos, por lo tanto el orden material de la sociedad se jerarquizó sobre el desorden idealista de los individuos (*Historia general* 1386).

Tal orden material también tenía que influenciar la esfera más práctica del individuo, como lo es el trabajo. MGN enfatiza en esa sociedad que no quiere que el caos le disturbe las actividades cotidianas del trabajo, donde es posible incluir a la clase trabajadora e intelectual que como él labra y fabrica un objeto. El trabajo representaba el progreso, idea quizá sugerida por el creciente desarrollo de Estados Unidos y a quien pondría como un modelo a seguir, obviamente sin la reforma agraria que permitía el desarrollo agrícola. Una

sociedad trabajadora bajo el amparo del gobierno es la que promovió MGN para favorecer la instauración total del nuevo orden sinónimo de paz y progreso.

MGN anuncia entusiásticamente el advenimiento de un gobierno mesiánico mediante el uso de términos comparativos entre el nuevo orden mundano y el reinado de Dios. El nuevo orden que idealizaba MGN fue casi sacralizado en su escritura cronística, si bien no era “tan perfecto ni tan ideal ... como ese reinado del Señor sobre la Tierra”, *casi* lo era, al menos en la propaganda con fe que el autor hizo y también en la confianza que depositaba tanto en el porvenir como en la honradez de la clase gobernante.

Esta sacralización al Gobierno es un ejemplo también de la sacralización del mundo, cuya muestra enseña el positivismo. Dice Rafael Gutiérrez Girardot que los principios de fe en la ciencia y en el progreso, la perfección moral del hombre y el servicio a la Nación fueron introducidos por el positivismo y el krausismo, e intentaron llevar el progreso para fortalecer las conciencias nacionales y ofrecer así una base material que les permitiera participar con dignidad en el concierto de las naciones europeas (80). Nada muestra tan explícitamente esta sacralización del mundo en este nuevo orden político que invoca MGN, orden casi divino, como su visión del gobierno de Porfirio Díaz (o por añadidura el de González)⁹.

En una crónica llamada “La oliva de la paz”, publicada inicialmente en el periódico *El Nacional*, en agosto de 1882, Nájera, en defensa de Díaz y en contra de los diarios antigubernistas a los que siempre criticaría ferozmente declarándoles incluso su odio y

⁹ Porfirio Díaz se apropió de la presidencia en 1877, Manuel González fue electo presidente en 1880, y Porfirio Díaz otra vez en 1884. De 1888 a 1903 será el presidente-emperador (*Historia general* 960-961).

achacándoles el desprestigio de la prensa, desprestigio que también podría asumirse como subprofesionalización, diría en relación al nuevo “héroe”, interpelando precisamente a sus opositores:

Pues vuelvan la vista atrás, repasen nuestra historia y díganos con absoluta franqueza si la figura de ese valiente general no es una de las más simpáticas y viriles que hay en los anales de México. Ya no queremos hablar de su innegable bizarría, probada en pugnas y combates contra los invasores extranjeros; ya no queremos aludir al gran prestigio que ejerce con justicia en todo el pueblo; bástenos hacer memoria de la honradez, tino y talento con que dirigió nuestros destinos, y del respeto profundísimo a la ley de que dio muestra al resignar el mando supremo en manos del designado por el voto público. Este simple hecho bastaría para darle un lugar elevadísimo en nuestra historia. Cuando él apareció, nuestras disensiones intestinas y la ambición desapoderada de los gobernantes nos arrastraban a un abismo. Él aplastó la hiedra revolucionaria y supo encaminarnos por el sendero de la prosperidad. Es el glorioso iniciador de una era nueva: la era de la paz y del trabajo. Si los ferrocarriles tienden su red por todo el país; si vienen los capitales extranjeros y aumenta el bienestar en todas partes, débese a la sabia política que él inició y que ha proseguido su noble y preclaro sucesor.

No hay mexicano, pues, que si es honrado y leal, no deba saludar con entusiasmo a uno de los primeros héroes de la paz. (*Obras XIII* 155)

Para MGN estos hombres eran los verdaderos “fundadores” y modeladores de la masa social. El hombre político, en su esfera propiamente política, separada ya de la literatura, tenía que ser el encargado de modelar principalmente a la sociedad; y el cronista, en este caso, tenía que legitimar la permanencia de la esfera de poder de esos hombres.

Es notable también el tono rimbombante de los encargos políticos en sus crónicas pro-progreso, pro-modernidad, pro-porfiristas, sin embargo sobresale el sentido de que MGN cree hasta la última palabra de lo que dice. Se le podría atacar de idealista y elitista,

pero en ningún momento enajenado de las circunstancias sociales y políticas de la época, pues él se consideraría a sí mismo como modelador también de ese progreso. En otra crónica llamada “La situación hacendaria”, de 1883, año de fuerte crisis económica, y de nuevo en un alegato exacerbado a favor del gobierno, MGN escribe:

El señor general Díaz y el señor general González no fueron pusilánimes ni pacatos. Rompieron el viejo molde de hielo en que se entumía la sociedad, y se arrojaron con denuedo y brío a la empresa de singular renovación que nuestro estado anémico exigía. Quienes censuran, pues, el proceder de estos gobernantes, cuando se están palpando ya las ventajas que proporcionan los ferrocarriles y el acrecimiento de la riqueza pública, pecan de necios y —por añadidura— de ingratos. Los conflictos que esta política pueda traer son pasajeros; los beneficios, estables y fecundos. (*Obras IX* 189)

La dicotomía entre civilización y barbarie que marcó las letras románticas en Hispanoamérica, reaparece en MGN con tintes de un entusiasmo y apasionamiento, que asume la consecuencia directa de las disputas políticas que habían resquebrajado al país. La civilización asumiría los nombres específicos de orden y progreso; la barbarie la representarían los opositores del nuevo orden, a quienes siempre MGN estaría invitando a la conciliación, o demostrándoles su desprecio.

Según Glickman, las dictaduras se mantienen en el poder sólo si tienen legitimidad. Y aunque la legitimidad de Díaz no fue absoluta, claro está que él pudo convencer a bastante gente de peso que él ofrecía a México la mejor opción para una vida estable. Había restaurado el orden público; había buscado los sabios consejos de los científicos; había fomentado el comercio; había atraído grandes cantidades de capital extranjero; había

rescatado la solvencia del país; había embellecido la Ciudad de México cuando “todo el mundo sabía que embellecer era civilizar”; dio también legitimidad a otros empresarios mexicanos y, del mismo modo, recibió el beneplácito de ellos (21).

MGN fue del mismo modo un legitimador de la dictadura desde el primer gobierno de Díaz: sabía que el periodista que él encarnaba, quizá más apegado al sistema anterior a la diferenciación entre la política y la literatura, era un publicista que ya comenzaba a vislumbrar cierto impacto mediático de la comunicación de masas. Así diría en 1880: “Un periodista no es un hombre, es una publicidad que anda y que mira. Sus ojos no son suyos simplemente, son los ojos de la multitud que ve por ellos” (*Obras XIII 41*).

Esos ojos cristalizaban en la escritura de MGN una voluntad de disciplinar, como lo haría Díaz, a los sujetos, de insertarlos al orden porfirista; y aunque este último lo haría por la fuerza y mediante la manipulación de la constitución para reelegirse (como también lo hizo Juárez y como había intentado hacerlo Lerdo de Tejada), el escritor lo haría desde la trinchera de las ideas, desde una perspectiva anti-número, por lo que tal discurso elitista es el que en cierta forma justificaría con su pluma el mantenimiento de la dictadura. Así lo diría en una crónica titulada “1888”, escrita el primero de enero del año siguiente:

... bien podemos decir que el año muerto fue próspero para la Patria. En la vida política interior es de señalarse principalmente la paz que reina en la Nación y la confianza que ésta tiene en el Gobierno. A la paz aspiramos durante largos años, como bien supremo, como condición indispensable de nuestro desarrollo, como alma y vida del trabajo, y paz tenemos. Pero la paz, como toda ventura, puede ser efímera, y garantía de que no lo será la nuestra es el voto de confianza que el pueblo ha dado a la administración presente, reeligiendo, con unánime beneplácito, al Jefe del Poder Ejecutivo. (*Obras XIII 225*)

Así, el concepto de “pueblo” carece de todo contenido democrático. Fue a partir de 1888 a 1903 que Díaz fue el “presidente emperador”, dice Luis González (*Historia general* 960). Parte de la propaganda política, si es posible usar ese término para definir las funciones de legitimación desde la crónica periodística, como la difundió MGN, tiene aún relación con el tipo de periodismo del sistema de la República de las Letras. Si el periodismo era el lugar donde se debatía la racionalidad, la ilustración, la cultura, que diferenciaba la civilización de la barbarie (*Desencuentros* 180), ¿por qué no pensar el periodismo de MGN como un lugar también donde se formaliza la vida pública en vías de modernización? La importancia de la escritura cronística en MGN consiste en su función de regulación de los comportamientos “civilizados” y la delimitación de los sujetos ante la modernidad, y ante el régimen político.

Fundada ya la nacionalidad por el sistema anterior a la despolitización de las letras, ahora era necesario, y así lo vio MGN, propagar y defender los principios en que se había inspirado el orden nuevo, sus instituciones, su gobierno, los medios morales y materiales que habían de ponerse al servicio de los fines modernizadores. MGN, creía que una de las funciones primordiales de la prensa era precisamente un medio material para la propagación, a veces adoctrinamiento, de la ideología en boga, de valores sociales para coadyuvar las políticas del gobierno. Él afirmaba que no era un escritor vendido, estaba consciente de la mercantilización de su trabajo, de que su pluma le daba el sustento económico para vivir, pero cuando afirmaba y se defendía a propósito de sus detractores –o los de Díaz--, siempre enfatizó que escribía según sus convicciones políticas, en una

misión coadyuvante al engranaje del progreso y la civilización. Con estos mismos argumentos, y secundando así las restricciones de la prensa que hizo Porfirio Díaz, MGN, en 1884 diría “Yo considero que la oposición infundada y sistemática es un crimen de lesa patria” (*Obras IX* 217), apoyando de esa forma la cada vez menos libertad de prensa de los enemigos de ideas políticas.

Porfirio Díaz, el militar, el inculto, el modelo que cumplía con las características del bárbaro, cuando llega al poder aboga por el orden, contrariando totalmente sus mismas maneras de ascenso, y así, al ser modelado por la pluma de MGN se convierte, en las descripciones que de él hace, un modelo de civilización, de orden, de progreso, lo llama “héroe del ejército, el héroe popular, el héroe del partido liberal ... el héroe de la Nación” (*Obras XIII* 231), la persona en la que confluyen toda una serie de valores positivos necesarios y requeridos para avanzar en el viaje de la modernización.

De este modo, el quehacer discursivo en las crónicas de MGN ayudó a legitimar a un sujeto político ante la sociedad, a legitimar también la labor de sus científicos, con el afán moderno de incluir en una totalidad de pensamiento, el cual se puede resumir en el fin de llegar ser modernos, al hombre político y al hombre aún letrado y ya intelectual moderno. Su tarea como cronista político consistió esencialmente en influir a la opinión pública y a crear una imagen civilizada de Díaz, lo que lo hizo mantenerse en un lugar intermedio entre los ideales o las utopías de los letrados anteriores, y la tarea concreta del que intenta modelar a los sujetos de la modernidad.

MGN supo fundamentar las intenciones políticas de la élite gobernante a la que sirvió, mas no servilmente. Desarrolló una sensibilidad para las tendencias ideológicas del

momento y supo colocarse en ellas, supo “verlas” como esa “publicidad que anda y que mira”, sintiéndose parte integrante de la máquina de la modernización. Intuía mejor que esos hombres políticos cuáles eran sus verdaderas responsabilidades, y construyó modelos por medio de una escritura ordenadora, basados precisamente en su fe al progreso, suponiendo que en algún futuro próximo esos ideales se verían cumplidos y serían inclusivos para toda la sociedad.

4. ESTÉTICA Y POLÍTICA EN LA CRÓNICA NAJERIANA

4.1 El sueño de Magda, o el escritor ante la realidad

“Mi médico se empeña en que la tinta es un veneno líquido que ha entrado a mi organismo por el camino directo de los ojos.”

Rabagás
 (“Mr. Can Can se presenta”, en *Obras IX* 21)

Para MGN cronista, la relación entre periodismo y literatura tendría cruces, no solamente en el espacio de la crónica visto como un género periodístico, noticioso; no en vano el autor la compararía con la “nao de China”, que “traía las últimas novedades del Japón; los hoy semifabulosos tápalos de China; las porcelanas transparentes cual mejillas de tísica, joven y blanca; las telas de Holanda y demás primores de moda.” (*Obras IX* 418). Así dice, por ejemplo Aníbal González, que la crónica, como género periodístico, está sujeta a las exigencias de actualidad, de novedad, y a las leyes de la oferta y la demanda, ya que desde el punto de vista del periodismo, la crónica es una mercancía (*La crónica modernista* 75). Un producto en el que el escritor se vería obligado a cambiar de tonos y temas según los encargos de los editores de los periódicos, variando del mismo modo de seudónimos; así en 1880 diría en una crónica:

El propósito del director de esta publicación es, si no me engaño, que estos artículos a vuela pluma sean como la nota alegre del periódico, algo semejante al pajecillo Óscar en el *Baile de máscaras*. ¡Imagínese usted al pajecillo Óscar hablando de política! Dejo, pues, en casa toda formalidad, cuelgo la capa española de los hombres graves... (*Obras IX* 38)

Y bajo esta introducción a los temas de la crónica, “charlaría” entre otras cosas sobre uno de los acontecimientos de la semana, la luz eléctrica, trivializando de algún modo uno de los productos de la industrialización con las modas y las intimidades. Llamaría así a la luz como la “suprema indiscreta y la suprema curiosa”, que “averigua si el color del vestido está ya un tanto cuanto gastado por el sol y el agua, y una vez que lo averigua, lo cuenta a todo el mundo” (*Obras IX* 40). El progreso técnico, de algún modo ha extendido o exteriorizado el interior al hacerlo visible.

La intimidad, como uno de los temas modernistas y ligada a las consecuencias de la implementación de la luz eléctrica en la ciudad, será vista por el escritor como una metáfora de ese interior de las vidas privadas que sale a lo público. Fue en la crónica donde MGN debatió, charló, entretuvo, propagó ideas, sobre una variedad de temas que, del mismo modo como la función de la luz eléctrica, sirvió para dar a conocer también sus ideas estéticas, sociales o convicciones políticas. Por eso el escritor, sería también un publicista.

Los críticos concuerdan en que el valor fundamental de la crónica residió en el hecho de ser en ella donde se incubó la nueva prosa artística de los modernistas, que alteró radicalmente la fisionomía de la prosa en castellano. A lo anterior, Aníbal González añade que la crónica también sirvió de vehículo diseminador de nombres y autores,

interpretaciones de obras e ideas estéticas, y en consecuencia funcionó como una suerte de tejido conectivo que fomentó la idea del modernismo como un movimiento casi unitario a lo largo y lo ancho de Hispanoamérica (*La crónica modernista* 63).

Para MGN el artista, en “El arte y el materialismo”, crónica publicada en *El Correo Germánico* en 1876 plantearía ya una literatura desligada de los fines “de las desconsoladoras teorías del realismo, y del asqueroso y repugnante positivismo” (*Obras I* 50). En esta crónica, el poeta MGN se incluiría en el gremio de los “soldados valerosos de la idea” (64) que combatiendo la materialización del arte, abogarían a favor de la libertad del artista para cantarle al espíritu y al eros, a los sentimientos, ya sean patrióticos, amorosos o religiosos. La libertad del artista consistiría en seguir los dictados de su inspiración y de su imaginación, por eso criticaría a quienes desde fuera pretendieron una poesía que únicamente cantara a la patria, al progreso y a la industria, lo que sería “imponer un yugo tiránico a los poetas”.

Por esto, algunos han apuntado una paradoja como, por ejemplo, lo hizo José María Martínez, al decir que “el positivismo ideológico del poeta no sólo contradiría su Modernismo literario” (“Un duque en la corte” 216); o la aparente discordancia de que sus teorías poéticas y literarias no lleguen a un pleno encuentro con su positivismo sociológico y produzcan la imagen de un Duque idealista y renovador en sus teorías estéticas, pero pragmático y estamental en su programa político y social (221), va en la misma línea de lo que dijo antes Marshall Berman, que “[t]odas las formas del arte y pensamientos modernistas tienen un carácter dual: son a la vez expresiones del proceso de modernización y protestas contra él” (243). Lo que puede verse, en MGN por ejemplo, como máxima

aceptación de las ideas positivistas en cuestiones políticas y sociales, pero aparentemente en cuestiones de arte conformarán un rechazo ante el dogma positivista que intenta sujetar la producción artística a fines utilitarios, y sobre todo políticos.

Sin embargo, la paradoja puede tener una solución, ya que la libertad –en opinión de MGN– sólo podía ser un derecho del pueblo educado, del pueblo que antes se tenía que someter al orden –pues la ignorancia era madre de la barbarie y de la guerra– para ser capaz de ejercerla ordenada y no belicosamente. Así, dentro de esta lógica de pensamiento, el artista, mediante su cualidad y autoridad de intelectual (y porque el arte se fue desplazando de la esfera indiferenciada del Estado a otra que le fue granjeando su consecuente profesionalización), sí podía ejercer la libertad ordenada como una forma de la libertad artística. La libertad formal y temática que el artista defendió y empleó en su literatura como renovación, sólo puede ser vista como una voluntad y licencia elitista, pues la literatura modernista najeriana está sobredeterminada por las circunstancias del régimen: afrancesamiento, demandas burguesas, ilusión de progreso económico (o realidad cuando se trataba de la minoría beneficiada).

Muchos críticos se empeñaron en ver una separación del arte con la sociedad a fines del siglo XIX, y tuvieron razón, ya que los mismos escritores finiseculares en algunas ocasiones quisieron mostrarlo así. MGN, en contra del realismo y del naturalismo en la literatura optó, y escribió al respecto, por la creación de un mundo mejor y más bello (mundo de progreso que precisamente fue el que prometió el Porfiriato, ciudad bella que ofrecida como una invención artística y política, sólo pudieron disfrutarla los que

pertenecían a una aristocracia y burguesía enriquecida), aunque únicamente fuera producto de la imaginación. Así diría en 1876:

El arte es una escala constantemente ofrecida al espíritu humano para ascender a lo divino; la belleza es un verdadero ángel custodio que agita sus alas ... y para abrir campo a este ángel es necesario que la educación literaria nos diga el modo y la manera de fundir por el contacto de la belleza, lo grotesco y lo feo que el roce de la vida vulgar y ordinaria va depositando en nuestro espíritu como una capa de duro mármol, que nos aísla y nos encadena a la realidad y nos sujeta en su fondo, de la misma manera que la losa funeraria encierra y cubre el cadáver; porque el espíritu que no siente la belleza y que no aspira a ella, es verdaderamente un repugnante cadáver, dotado de tan sólo un movimiento típico u mecánico. (*Obras. Crítica Literaria I* 114)

Del mismo modo el autor propone más adelante:

Sí, nos es preciso vivir en ese mundo creado por la fantasía de los artistas de todos los siglos, de todas las edades, mundo mil veces más espléndido que este de la miserable realidad que nos enloda y nos mancha; nos es preciso vivir en el completo florecimiento de estos gérmenes divinos que se ocultan en el seno de todas las facultades y de cada una de las energías del espíritu del hombre. Si se nos acusa de perseguir un ideal, vanagloriémonos de la acusación, porque ese es el fin de la vida, porque eso equivale a colaborar con Dios al destino universal de las creaciones. (115)

La propuesta a la burda realidad de MGN es un mundo enteramente libresco, creado por las fantasías de los artistas, la de un mundo más bello creado a partir de la literatura. Así el artista equipara la labor del artista con la del soldado, donde el estandarte de la belleza y la libertad constituían un fundamento moral y docente; equipararía también la creación del artista con la de Dios. De este modo, el catolicismo de MGN sería ese

“reconocimiento a lo religioso” que fue la apertura a un reino que daba sentido a la vida, o al menos lo prometía” (Girardot 120); como en su paralelo político el reino del Porfiriato lo prometió.

Fue este aspecto significativo del modernismo, dice Jean Franco, el que consistió en revolucionar la actitud de los poetas latinoamericanos con respecto al arte y a la sociedad, pues hasta entonces, la mayoría de los escritores habían considerado la literatura como un arma para las luchas sociales o políticas; pero el modernismo creyó que la sociedad contemporánea estaba equivocada, puesto que por todo el continente los gobiernos deificaban el progreso material. Ningún modernista podía obligarse a creer que la prosperidad material era una meta digna para el individuo o para la sociedad, particularmente ya que en Latinoamérica esa prosperidad era inestable (132-133). Así pues, si la nación era el espacio de la política y de la materialidad, dice Graciela Montaldo, la escritura será el lugar del espíritu donde los intelectuales y los artistas reconocerán su mundo (*Ficciones culturales* 95).

Sin embargo aunque la mayoría de los modernistas del siglo XIX atacan apasionadamente el entorno, se ven seducidos por él. Es posible ver en MGN, a pesar de su crítica a ese “asqueroso materialismo” (o hacia el burdo mundo) en la literatura, la cual a partir de eso quiere interpretarse como una crítica a la sociedad contemporánea que deificó el progreso material, un posicionamiento firme ante la realidad, ante su mundo social y político, ante la ideología imperante y las promesas del gobierno. Fue un optimista, y su optimismo lo salvó de renegar totalmente de su entorno nacional y urbano. Así por ejemplo

lo plasmó en la crónica “El sueño de Magda”, publicado originalmente con el título “La vida en México” (1883).

En esta crónica, MGN comienza hablando sobre el clima lluvioso, “tormentoso”, de la Ciudad de México como una forma de comentario del tiempo de los últimos días, para transitar a lo que formalmente se convierte en un relato. En él, el Duque Job describe en primera persona el paisaje celeste que se abre a su vista al abrir la ventana: es un cielo apocalíptico en lucha bélica, “batalla de africanos” (*Narraciones* 196), “monstruosos elefantes”, tigres con ojos “como de sangre luminosa”; es una atmósfera en la cual el paisaje es el espacio de la lucha borrascosa donde “montañas, fieras y gigantes se atropellan. Un momento en que “[t]odos quisieran sacudir... la invencible fatalidad de su destino” (197)

Magda, el personaje femenino del relato, quien se encuentra en su balcón observando el diluvio, es en mi opinión una proyección caracterológica del mismo poeta. El poeta y la mujer, ambos en sus respectivos balcón o ventana, se encuentran frente a frente dividiéndolos la calle citadina; así, la mirada de Magda solamente se empeña en seguir clavada al cielo, ella en su balcón, en la altura, no rebaja su mirada a la calle, al suelo:

Convirtiendo los ojos a la calle, podría mirar a los transeúntes azorados que buscan un refugio o un abrigo. Aquella costurera corre y corre, como si la tempestad quisiera darla un beso Ese gomoso, pobre a juzgar por la traza, parece que lleva alas en los pies ... Pero Magda no advierte nada: ve las nubes y se pregunta con deliciosa candidez: ¿Para qué serán las tempestades? (197)

Magda entonces parece representar el tipo evasivo, el tipo de sujeto que prefiere ocuparse de los asuntos inasibles, etéreos, como es la contemplación del cielo, de un modo sencillo y poco advertido. Abajo, en la calle, corren el proletariado (la costurera), y el gomoso (pobre); el narrador llama la atención que la protagonista no se fija en ellos ni en su pavor. El narrador quisiera informarle que la tempestad es como el rayo, que da la vida y la muerte, como el fuego que purifica y devora; la tempestad por lo tanto, en su dialéctica, tiene también la paz. Pero la protagonista sigue enajenada y temerosa por la tempestad.

El relato se divide en dos partes; la segunda es una analepsis sobre un sueño que Magda tuvo la noche anterior, uno igualmente en voz del narrador, sobre una tormenta. La dialéctica entre sueño y realidad se confunden a tal grado de que el sueño de la mujer es casi profético a la realidad que vive. En el sueño de Magda, la Ciudad de México sufre una “tormenta inversa”, en el sentido de que la ciudad padece una inundación terrible, diluviana, que sepulta las calles y los edificios al grado de que la mujer tiene que escapar en una balsa y parapetarse en una torre de iglesia, el lugar más alto al que el agua no alcanzó.

La torre simboliza una opción de salvación para la protagonista, pero al mismo tiempo puede ser interpretada como la torre de marfil en la que se encasilló a los poetas modernistas por mucho tiempo. En el sueño narrado, “[l]a noche [que] descendía del cielo y brotaba de la Tierra” (199) ocasiona el terror y la evasión total de la mujer del mundo que en apariencia está siendo acabado por el agua; y el desenlace apunta al castigo por haber tomado una errónea decisión: las aguas comienzan a bajar y Magda, sola y atrapada en las alturas es atacada por un cuervo que le come las pupilas, haciéndola caer al vacío.

Es posible entonces encontrar una alegoría en este relato. En el sueño la ciudad no perece, y las aguas bajan paulatinamente. El narrador se pregunta “¿por qué [la protagonista] no hizo lo que todos y se dejó tragar por aquella agua que no ahogaba y por aquella boca sin colmillos? (201). En el sueño la protagonista pierde los ojos, y la ceguera la hace perecer; es la amenaza del poeta ciego que se precipita hacia la muerte por no enfrentar la entera realidad de su mundo político o social, urbano. No gratuitamente el poeta modernista es quien ve, quien mira su entorno, quien se introduce en los interiores, no solamente arquitectónicos, sino mentales y del deseo. El escritor modernista es el que ve los sueños del otro, y sus miedos; los ojos son la ventana que le permiten tener una perspectiva completa y sensible de su mundo, pues como dijo en la crónica “No hablaré”, de 1880: “Sus ojos no son suyos simplemente, son los ojos de la multitud que ve por ellos. Como el célebre filósofo ... vive en una casa de cristales” (*Obras IX* 41). No en vano las miradas del narrador, dirigidas a Magda, y tanto a lo que ella no ve (la calle con sus clases sociales) como lo que le hipnotiza la vista (la tempestad), están presentes a lo largo del relato.

Por eso, quien sólo fija su vista a lo etéreo idealista, al cielo, enajenándose de la vida de abajo o huyendo por las vicisitudes eventuales que ocurren en la ciudad, corre el riesgo de perder el caro sentido que le abre la sensibilidad al mundo. Así que, es posible pues, interpretar este relato a la luz que otras crónicas menos ficcionales y más ideológicas (explícitamente) ofrecen para entender la situación conflictiva del escritor modernista quien aunque siempre permaneció a favor de los mundos más bellos e imaginarios también estuvo impelido por una fuerte conciencia política, la cual lo haría ser, no solamente parte

decorativa y superficial del cortejo del rey burgués, sino que, como parte de ese mismo cortejo le dio una utilidad a su arte, y esta fue, la de legitimar un proyecto político, mediante la literatura y el periodismo, que clausuraría una era liberal en México.

Manuel Gutiérrez Nájera fue un escritor lúcido y consciente de las implicaciones artísticas y políticas de su pluma, “[p]orque la historia es política. En el ensayo, en la biografía, en el verso mismo se hace política. Y lo propio acaece en la comedia, en el drama, en la novela, en todas las manifestaciones del entendimiento bajo forma literaria” (*Obras IX* 362). Sabía que el rol del escritor, en su momento histórico, no consistía en luchar con las armas ni poblar una naturaleza con lenguaje, sino luchar con la voz y las ideas en la lid moderna de las ciudades.

BIBLIOGRAFÍA

- Clark de Lara, Belem. *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México: UNAM, 1998.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1989.
- Carter, Boyd G. "Manuel Gutiérrez Nájera: Caballero andante de culturas." *Romance Literary Studies: Homage to Harvey L. Johnson*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1979. 27-35
- Cosío Villegas, Daniel, *et al.* *Historia general de México*. Volumen 2. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1994.
- Franco, Jean. *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Caracas: Monte Ávila, 1970.
- Glickman, Robert Jay. *Fin del siglo: Retrato de Hispanoamérica en la época modernista*. Toronto: Canadian Academy of the Arts, 1999.
- González, Aníbal. *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983.
- "La última metamorfosis de Proteo: modernismo y ética de la escritura en "La hija del aire" de Manuel Gutiérrez Nájera." *Nómada: Creación, teoría, crítica*. No. 3 (1997): 73-80.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogotá: FCE, 3ª ed., 2004.

Gutiérrez Nájera, Manuel. *Obras XIII. Meditaciones políticas (1877-1894)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

-----*Obras. Crítica Literaria, I. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana.* (Investigación y recopilación de E. K. Mapes. Edición y notas de Ernesto Mejía Sánchez. Introducción de Porfirio Martínez Peñaloza). México: UNAM, 1959.

-----*Obras IX. Periodismo y literatura. Artículos y ensayos (1877-1894)*. Ed. Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara. México: UNAM, 2002.

-----*Poesías*. Pról. Justo Sierra, Ed. Ángel Muñoz Fernández. México: Factoría Ediciones, 2000.

-----*Obras*. Estudios y antología general de José Luis Martínez. México: FCE, 2003.

----- *Manuel Gutiérrez Nájera. Escritos inéditos de sabor satírico. "Plato del día"*. Estudio, edición y notas de Boyd G. Carter y Mary Eileen Carter. Columbia: University of Missouri Press, 1972.

----- *Narraciones (Antología)*. Selección, edición, prólogo y notas Alicia Bustos Trejo y Ana Elena Díaz Alejo. México: UNAM, 2005.

Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. México: FCE, 1954

Martínez, José Luis. "Las ideas sociales de Gutiérrez Nájera" *Historia Mexicana*. 10.1 (Jul.- Sep., 1960): 94-101. 07/03/2011 <<http://www.jstor.org/stable/25135041>>

Martínez, José María. "Entre la lámpara y el espejo: la imaginación modernista de Manuel Gutiérrez Nájera." *Revista canadiense de estudios hispánicos*. 32.2 (invierno 2008): 247-269.

-----“Un duque en la corte del Rey Burgués: Positivismo y porfirismo en Manuel Gutiérrez Nájera.” *Bulletin of Spanish Studies*. 84. 2 (2007): 207-221.

13/12/2010

⟨<http://0web.ebscohost.com.lib.utep.edu/ehost/pdfviewer/pdfviewer?hid=110&sid=dae7d05c-c78c-411f-af12-fe313a5c329b%40sessionmgr113&vid=25>⟩

Monsiváis, Carlos. “De la Santa Doctrina al Espíritu Público (Sobre las funciones de la crónica en México).” *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 35.2 (1987): 753-771. 09/Feb/2011

⟨<http://0www.jstor.org.lib.utep.edu/stable/pdfplus/40298778.pdf>⟩

----- *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: Era, 2006.

Montaldo, Graciela. *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y modernismo*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1994.

----- *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1999.

Pacheco, José Emilio. “Manuel Gutiérrez Nájera: El sueño de una noche porfiriana.” *Letras Libres*, 14.Febrero (2000): 20-23. Revisado el 29/01/2011. ⟨<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/manuel-gutierrez-najera-el-sueno-de-una-noche-porfiriana>⟩

Rama, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.

- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE, 1989.
- Schulman, Ivan A. "Los supuestos "precursores" del modernismo Hispanoamericano." *Nueva revista de filología hispánica*. 12.1, (Jan-Mar 1958), pp. 61-64. Revisado en Oct/22/2011. < <http://0-www.jstor.org.lib.utep.edu/stable/pdfplus/40297287.pdf?acceptTC=true>>
- "El modernismo y la teoría literaria de Manuel Gutiérrez Nájera", en *Studies in Honor of M. J. Benardete (Essays in Hispanic and Sephardic Culture)*. New York: Las Américas, 1965.
- Sirkó, Oskana María. "La crónica modernista en sus inicios: José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera". *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*. José Olivio Jiménez (ed.). Madrid: Eliseo Torres, 1975.
- Sosa, Ignacio (pról. y selec.). *El positivismo en México. Antología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Vera, Catherine. "Los niños y el mensaje social en tres cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera." *Explicación de textos literarios*. 6.1 (1977): 69-72.

CURRICULUM VITAE

Azucena Hernández-Ramírez nació en Ciudad Juárez, México, donde cursó toda su educación básica. Estudió la licenciatura en Literatura hispano-mexicana en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Ha participado en diversos congresos de literatura en México, tales como el V Congreso Nacional de Estudiantes de Literatura en la Universidad Autónoma de Querétaro, y en el Primer Encuentro de Estudiantes de Lengua y Literatura de la Universidad Veracruzana. Fue asistente técnico para el Instituto Chihuahuense de la Cultura en Ciudad Juárez durante el Segundo Encuentro Internacional de Escritores “Literatura en el Bravo”. En la Universidad de Texas en El Paso colaboró como Miembro del consejo de redacción en la Revista de Literatura Mexicana Contemporánea, participó en la organización del XVI y XVII Congreso de Literatura Mexicana Contemporánea.